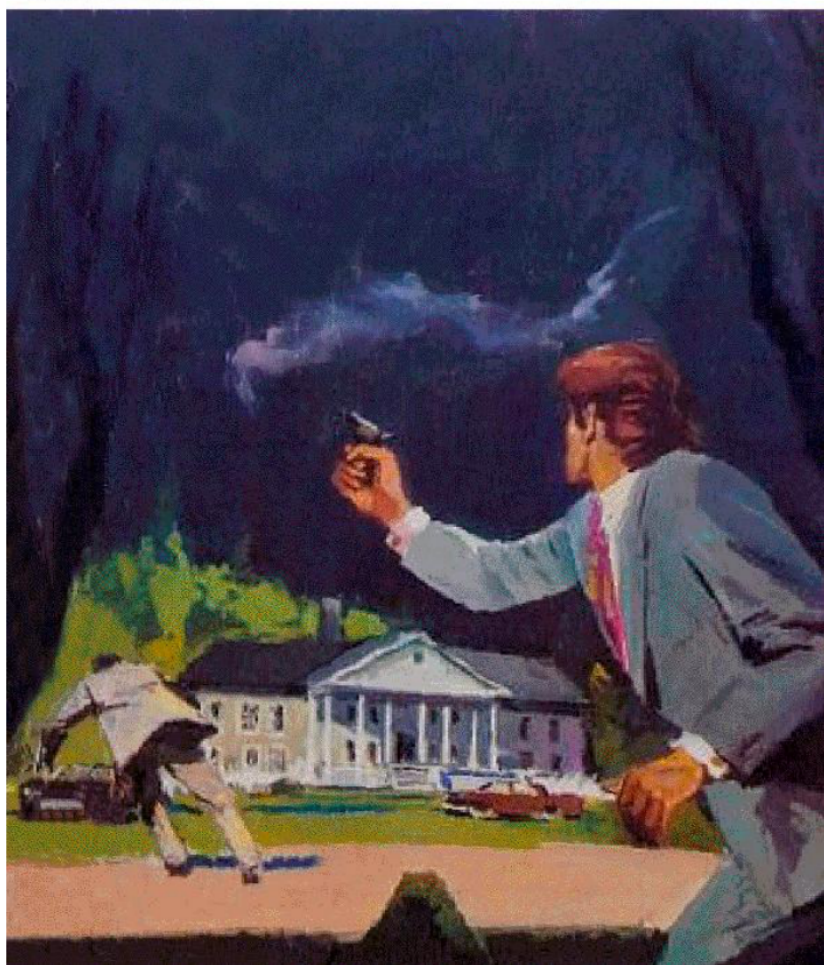


BOLSEROS BRUJERA
PUNTO
ROJO

el asesino rie a carcajadas

ada coretti



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

ADA CORETTI

EL ASESINO RIE A CARCAJADAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 612
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Déposito legal: B 44.493 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1974

© ADA CORETTI - 1974

texto

© DESILO - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Dan Brolley poseía una espléndida casa a una milla de la ciudad de Groney City, en el distrito más residencial.

El jardín era amplio, extenso, muy arbolado, rodeado por una alta verja. Un largo sendero de grava llevaba desde la puerta de hierro hasta la entrada de la casa.

Más allá, la piscina y el campo de tenis. En la fachada, grandes ventanales y amplísimas terrazas.

No parecía faltar nada.

Pero en aquellos momentos a Wilma parecía faltarle algo, más que algo, por lo que fruncía el entrecejo sin molestarse en disimular su profundo disgusto.

—No consentiré que ese hombre entre aquí —dijo Dan Brolley, temblando de irritación la grasa de sus ciento veinte kilos, mientras abría mucho sus ojos de búho.

Y se levantó del cómodo sillón en el que hasta entonces permaneciera sentado.

Dan Brolley era su padrastro. Un hombre de cuarenta y cinco años, autoritario, violento, déspota, a quién todos obedecían sin chistar.

Tenía una magnífica cuenta corriente y una elegante sala de fiestas que le proporcionaba pingües ganancias. Desde luego, sabía ser generoso, muy generoso, con ese dinero que ganaba. Si no se le llevaba la contraria...

—Yo le quiero mucho —dijo Wilma.

—Un teniente de la policía —repuso Dan Brolley— no es santo de mi devoción.

—Pues está usted en un error —afirmó Wilma— si pretende que cambie de parecer. Me casaré con él de todos modos.

—Te desheredaría... —Se había puesto rojo.

No estaba acostumbrado a que le rebatieran. Menos aún, a que

le amenazaran con desobedecerle.

—¡Y a mí qué! —exclamó ella.

—Y a él, ¿qué tal le parecería...? —ironizó.

—Lo mismo que a mí —aseguró la muchacha—. El dinero que usted pueda o no dejarme, le tiene sin cuidado.

—No consentiré en recibirle —concluyó, tajante—. No insistas más.

—¿Acaso teme usted. —Wilma lo dijo a sabiendas, queriendo molestarle— que como teniente de la policía investigue más de la cuenta en su *night-club*...?

—¡Qué disparate acabas de soltar! —Su indignación ya no podía ser mayor—. ¿Qué supones que se hace en mi club? ¡Pues que te enteres, jamás me he visto mezclado en ningún asunto sucio! Pregúntale a tu madre y...

—Mi madre nunca le lleva a usted la contraria —dijo Wilma—, tenga o no tenga usted razón, a ella le basta con disponer de un buen talonario de cheques.

—Bueno... bueno... no os peleéis —intervino en la discusión Gary Brolley, hermano de Dan.

Intervino desde su sillón de ruedas.

Años atrás, sufrió un grave accidente de coche, y desde entonces permanecía inmóvil, postrado, en aquel patético sillón.

Por aquel entonces, Gary Brolley vivía en otra ciudad, al sucederle esa desgracia, su hermano Dan, sabiéndole falto de recursos, le ofreció vivir bajo su mismo techo, a él y a sus dos hijos: Mark y Robert. Un gesto magnánimo que le honró.

Bueno, que verdaderamente le hubiera honrado, a no ser porque a partir de aquel día hizo que Gary se tragara hasta el estómago todas sus opiniones, todas sus ideas, para sólo dar lugar y preferencia a cuanto él dijera.

Dan Brolley no quería competencias de ninguna clase. Necesitaba ser, única y exclusivamente, quien hablara, mandara y exigiera en aquella casa. Su temperamento violento y dominador no podía consentir algo distinto.

Y por descontado, con Gary había conseguido su objetivo. Era siempre el primero en secundarle, en darle la razón, en decirle siempre amén a todo. Evidentemente, desde la escasa altura de su sillón de ruedas no; se veía apto para nada más.

Aunque su temperamento distaba mucho de ser aquél, y Dan era el primero en saberlo. Quizá precisamente por eso, le complacía más y más aquella absoluta sumisión.

Ahora, cuando Wilma se encaró con su padraastro, Gary Brolley no pudo evitar que sus ojos brillaran maliciosos.

—No os enfadéis —repitió.

—¡Eres una insolente, Wilma! —exclamó Dan Brolley—. Merecerías una buena azotaina.

—Ya no estoy en edad de eso —dijo Wilma—. Estoy en edad de enamorarme y de casarme.

—No tengo nada que oponer a esto —seguía sumamente irritada la voz de su padraastro—, pero encuentro inadecuada la elección que has hecho. Ese teniente de la policía, ese tal...

—Tom Gravers —le hizo saber ella—. Un metro noventa, ancho de hombros, recio, y guapo... Un sueño de hombre.

—Soñarás tú con él, pero aquí no me entrará nunca. Es mi última palabra. ¡Y vete ya a dar la monserga a otra parte, me has desquiciado los nervios!

—No vas a tener ocasión de repetírmelo.

Wilma dio media vuelta y salió decididamente del despacho-biblioteca, que era donde Dan Brolley se hallaba. Donde Dan Brolley solía pasar muchas de las horas del día.

Pero no trabajaba siempre que estaba allí, a menudo leía, escuchaba música. Era también un lugar de reposo, de ocio.

Donde nunca dejaba, estando él, que entrara Jennie.

Jennie era su esposa.

Un ejemplar de mujer, que le iba muy bien por las noches, pero que de cerebro no poseía nada; era una absoluta calamidad. Con ella no se podía alargar una conversación más de un minuto, por más buena voluntad que se pusiera.

Desde luego, en ningún sentido parecía la madre de Wilma. Ni por años, pues aparentaba muchos menos de sus cuarenta ya cumplidos, ni por temperamento y personalidad, ya que Wilma era una muchacha lista, inteligente, que sabía cautivar con el trato.

Wilma era la que, de todos ellos, siempre causaba mejor impresión a las amistades, a sus numerosas y escogidas amistades, que eran lo más acaudalado de la ciudad.

Aunque, ciertamente, también merecían bastantes simpatías

Mark y Robert, los dos hijos de Gary Brolley, que con los años se habían convertido en dos apuestos muchachos.

—¿Te has dado cuenta, Gary? —explotó Dan, tan pronto la muchacha hubo desaparecido de su vista—. ¡Se ha permitido hacerme frente! ¡Pero te aseguro que la meteré en cintura!

Esperaba que Gary Brolley le diera la razón. Como siempre se la daba.

¿Por qué iba a ser esta vez una excepción?

Pero se equivocó lamentablemente. No escuchó las palabras que esperaba. Por el contrario, fueron otras muy distintas.

—Dan, vas a acabar odiado por todos... Ten cuidado, Dan... Sin darte cuenta te estás echando de cabeza en el vacío...

Se quedó de una pieza. Una pieza de ciento treinta kilos, cuya silueta resultaba grotesca.

—Sí, me has oído bien —dijo Gary Brolley, y movió las ruedas, para que éstas impulsaran el sillón hacia atrás, por si acaso resultaba excesivamente violenta la reacción de su hermano—, acabarás odiado por todos si no cambias...

—¡No sé cómo te atreves a hablarme en estos términos! —barbotó Dan Brolley—. ¡No esperaba esto de ti!

—De mí es natural que esperes todo lo mejor, Dan, y por eso precisamente te prevengo. Hasta ahora me he limitado a llevarte la corriente, a tenerte contento... ¡Qué menos podía hacer, si te debo tanto! No sólo has hecho mucho por mí, sino que lo haces también por mis hijos... Y aún hay más, sé que tienes redactado un testamento y que te acuerdas de ellos... Pero la situación se ha hecho tan electrizante, aunque tú no te percatas de ello —resumió—, que considero necesario, imprescindible, abrirte los ojos.

—¡Parece que hayas perdido la razón! —barbotó de nuevo—. ¡Estás diciendo una sarta de desatinos!

—No tanto como te imaginas —y con ese tono templado, medido, que en él era habitual—. Estás sobre un polvorín, Dan...

—¿Quéeee...?

—Trata de corregir antes de que explote.

—¿Corregir? ¿Qué tengo yo que corregir...?

—Todo —puntualizó Gary Brolley—. Desde el trato que ofreces a tu esposa, Jennie, y el que das a Wilma, pasando por el que exiges a mis propios hijos...

—¿Y se puede saber qué tiene de malo el trato que les doy? ¿No tienen todo el dinero que quieren? ¿Acaso alguna vez les he negado nada? ¿No pueden gastar a manos llenas...?

—Sí, la generosidad es tu fuerte, Dan. Pero exiges, mandas, esclavizas, vivir a tu lado no es grato.

—¿Lo dices por ti mismo? —preguntó, enfurecido.

—Por descontado que sí, Dan. Pero yo ahora no cuento, porque yo en realidad no corro ningún peligro. ¿Qué peligro iba a correr un pobre paralítico, sin un solo dólar en su cuenta corriente? Aquí el riesgo lo afrontas tú, que eres rico.

—Estás viendo visiones.

—Creo firmemente que no, Dan, y te prevengo, para que no te pille de sorpresa lo que pueda venir.

—¿Es que pretendes asustarme?

—Puesto a pretender, yo pretendería otra cosa como medida más razonable y sensata.

—No te entiendo.

—Wilma tiene novio, es un teniente de la policía, del departamento de Homicidios. Pues debieras aceptarle, permitirle que entrara en esta casa... de este modo, quizá ahuyentarás a «alguien» que tenga intenciones poco amigables respecto a ti.

—No soy un hombre fácil de asustar, Gary. Debieras saberlo. Me parezco a ti. Por lo menos, a como tú eras antes.

Dan Brolley había dado por zanjada la desagradable conversación con las siguientes palabras, proferidas en un tono de mal contenida cólera:

—No hablemos más de esto.

Había sido una orden terminante. Una orden más de las muchas que él daba.

—Como quieras.

—Y ahora voy a poner el *cassette* —añadió Dan, queriendo evidentemente dar un giro completo a lo hablado—. Tengo grabada la canción que canta Liz... Me gustará oírla aquí... En el club todo resulta tan sofisticado...

—Será mejor que te deje solo —dijo Gary, y se dispuso a dirigir su sillón hacia la puerta de salida.

Pero Dan Brolley le inmovilizó, exclamando:

—¡Tú te quedas!

—Lo hacía por ti —repuso Gary—. Creía que, después de lo que te he dicho, te sobraría mi presencia.

—Quédate. Me gustará que me digas qué te parece la voz de Liz.

—De acuerdo —acató, quedándose donde estaba.

Y se dispuso a fumar un cigarrillo, por lo que sacó su pitillera.

Pero Dan Brolley volvió a exclamar:

—¡No fumes!

Gary hizo retroceder la pitillera, mientras su boca se torcía en un gesto duro.

—Estos días estoy mal de los bronquios. No soporto el humo.

—De acuerdo —se limitó a responder.

—Voy a buscar el *cassette*.

Se dirigió a la mesa del despacho, abriendo el cajón central.

Desde donde Gary Brolley se hallaba, sólo veía de espaldas a su hermano, pero aun así le pareció que acusaba su gesto de sorpresa, como quien no encuentra en su sitio lo que busca.

Pero aquella apreciación suya fue brevísima, ya que Dan se volvió enseguida hacia él, con el *cassette* en la mano.

Se sentó en su cómodo y acostumbrado sillón de alto respaldo, de cuero negro, y acto seguido accionó la tecla. Y esperó.

Con la cabeza inclinada en el respaldo, con los párpados entornados, estuvo escuchando la canción y... la voz de Liz, una muchacha que había contratado para su club haría cosa de unos tres meses.

—Sabe interpretar —dijo cuándo la canción hubo finalizado—. Ha sido una gran adquisición. ¿No eres de mi mismo parecer, Gary?

—Sí —asintió—, la chica vale... en todos los sentidos —recalcó esto—. Quiero decir, que además es preciosa. Mis hijos no cesan de decirlo. Tú, supongo, ya te habrás dado cuenta de ello.

—A Jennie no le gustaría esto que has dicho —pero Dan Brolley sonrió, porque por lo visto escuchando y pensando en Liz se le había pasado toda su anterior indignación.

Iba a pulsar de nuevo la tecla del *cassette*, esta vez para detener su marcha, cuando de allí salió una voz recia, al parecer de hombre, desconocida, extraña, que dijo:

—«Tu esposa te engaña, Dan... Eres el hazmerreír de todos tus amigos... —Y sin más—: Pero esto es lo de menos para ti... Lo peor

es que van a matarte, Dan... Eres un cerdo asqueroso y tu turno ha llegado... No vas a poder evitarlo...»

Dan Brolley había dado un terrible respingo y luego se había quedado quieto, agarrotado, con el rostro desencajado, con los ojos desorbitados, con la boca abierta.

Un súbito sudor había aparecido en su frente.

El *cassette* seguía girando, funcionando. La voz de hombre, ronca, extraña, volvió a dejarse oír:

—«Van a matarte, Dan... Hazte a la idea, para no morir como un cobarde... Pero consuélate, otros morirán antes que tú...»

Los ojos de Dan Brolley se habían abierto aún más, ahora expresaban verdadero terror. En cuanto a su sudor, era ya tanto y tan copioso que se le deslizaba por las sienes, por las mejillas, y empapaba el cuello impecablemente blanco de su camisa.

Seguía girando el *cassette*, y en su marcha dejaba oír como un leve y discreto rastro.

—«Te queda poco, Dan... Pronto llegará tu turno... ¿Quieres saber quién te matará? Te mataré yo... Yo... —Y el asesino se echó a reír a carcajadas—. ¡JA! ¡JA! ¡JA! ¡JA!...»

No pudo soportarlo más.

De un furibundo manotazo echó al suelo el *cassette*, que con el golpe recibido se inmovilizó.

—¿Qué broma es ésta? —gritó, descompuesto, y se pasó la manga de la americana por la frente para secar su desbordante sudor—. ¿Quién habrá sido capaz de atreverse a esto? ¡Al que haya sido...!

Gary Brolley no solía traslucir casi nunca sus auténticos pensamientos, su verdadero sentir. Había aprendido a no sacarlos nunca a la superficie.

Quizá por ello, mientras sonó el *cassette*, acusó apenas una ligera sorpresa, que luego dio paso a su habitual y fría expresión.

Pero esto no le impidió decir:

—No creo que se trate de una broma, Dan. Date cuenta, esa voz «ratifica» lo que yo te estaba diciendo antes.

—¿Has reconocido la voz? —quiso saber.

—No —dijo—. Está intencionadamente desfigurada... Quien haya grabado ese trozo de cinta, lo ha hecho a través de un pañuelo de seda, o de una fina capa de algodón, o tal vez de un papel de

estraya... Como sea, esa voz puede en realidad ser cualquiera... Incluso la voz de una mujer...

—¿Qué quieres darme a entender? —Su voz viva, fuerte, retumbaba entre las paredes—. ¿Que ha sido Wilma?

—No te estoy dando a entender nada. También ha podido ser tu esposa.

—¿Jennie? —se sorprendió—. No, no, ella no va a decir nada malo de sí misma... Resulta ridículo suponerlo...

—Cualquiera ha podido ser —y le aconsejó—: Yo de ti pondría esto en conocimiento de la policía. Y sin pérdida de tiempo, no vaya a ser que luego el tiempo escasee para ti...

—¡No quiero saber nada con la policía! —Seguía dando voces como si todo aquello pudiera solucionarse a gritos.

—En ese caso, pide de un modo «familiar», «amistoso», de un modo que no sea oficial, la ayuda de Tom Gravers, el novio de tu hijastra. Necesitas quien te eche una mano. Y puesto a echártela, ¿quién mejor y más adecuado que...?

—¡No pienso hacerlo! ¡Yo arreglaré por mí mismo este asunto! Por nada del mundo le pediré que venga.

No había de pedírselo.

Pero poco después el teniente Tom Gravers, del departamento de Homicidios, se presentaba allí por su cuenta, obedeciendo órdenes bien definidas y concretas de su jefe.

En aquella lujosa casa, a una milla de la ciudad de Groney City, acababa de cometerse un asesinato.

Había muerto acuchillado el mayordomo.

CAPÍTULO II

El médico forense hincó una rodilla en el suelo y examinó el cadáver. No tuvo necesidad de hacerlo de forma detenida. Tenía mucha práctica.

—Una cuchillada en el hígado —dijo—. Utilizaron una hoja ancha, de unos veinte centímetros de larga. Era mortal de necesidad. Debe hacer unas... unas tres horas que está muerto.

El teniente Tom Gravers se frotó el mentón, reflexivo, con la vista fija en el cuerpo inmóvil de aquel hombre joven, que hasta hacía poco había vestido de forma impecable, incluso elegante, el uniforme de mayordomo.

—No debía tener más de treinta años —comentó en voz alta uno de los agentes.

Era preciso hacer la autopsia y no tardaron en llevarse el cadáver.

Pero el teniente Tom Gravers se quedó en la casa, interrogando a unos y a otros.

En primer lugar hizo algunas preguntas a Robert, alto, delgado, rubio, muy pálido en aquellos momentos. Tan pálido que verdaderamente hubiera podido decirse que estaba lívido.

Después hizo otras cuantas preguntas a Mark, menos alto, menos delgado, menos rubio, y por descontado mucho menos pálido que su hermano. Parecía, pues, bastante más dueño de sí mismo.

Pero las maneras del teniente Tom Gravers, con ser correctas, no tuvieron nada de condescendientes, ni de tolerantes, con ninguno de los de la casa. Ni siquiera con la propia Wilma.

Indudablemente el teniente Tom Gravers era ante todo un buen policía, severo, duro, que no solía apartarse ni un ápice de su camino. El deber era ante todo y por nada ni por nadie lo desatendía.

Por su parte, Dan Brolley se vio obligado a dejar a un lado sus

susceptibilidades. Desde luego, le supo a acíbar comprobar que el teniente, que pretendía casarse con su hijastra, le trataba de aquel modo tan impersonal, como si él no fuera nadie.

Pero le gustase o no, tuvo que aceptarlo como era.

—¿Sospecha usted quién ha podido ser? —le preguntó Tom Gravers—. Si es así, su deber es facilitar la tarea a la policía.

—No lo sabe —respondió Gary Brolley por su hermano—. Como tampoco sabe quién le ha amenazado de muerte... a él.

—¡Gary! —protestó, pues por lo visto su intención era seguir callando.

Pero ya habiendo sido delatado, dio la sensación de que, en el fondo, se alegraba de verse precisado a explicar lo sucedido.

Y lo explicó, con toda clase de detalles. Sin dejarse nada en absoluto.

—Agente... —ordenó el teniente Tom Gravers—, coja el *cassette*... Envuélvalo con cuidado... Que no se pierdan las posibles huellas digitales... Lo examinaremos en el laboratorio...

—Lo he tirado al suelo. Creo que no funciona —dijo Dan Brolley.

—No se preocupe, lo arreglaremos —y mirándole rectamente desde su metro noventa, le preguntó de nuevo—: ¿Sospecha usted quién ha podido matar a su mayordomo? La opinión de su hermano ya la sé, ahora me interesa saber la suya.

—No, francamente no sospecho nada —murmuró—. En absoluto. Ni la menor idea.

—¿Hace mucho que estaba al servicio de esta casa?

—Medio año, aproximadamente.

—¿Vino recomendado?

—Mi esposa me dijo que sí.

—¿Fue ella, pues, quien le admitió?

—Sí.

Decidió hablar con Jennie.

Una mujer sensacional Era alta, bien formada, rubia.

Por la edad, parecía más bien hermana de Wilma. Respecto al resto, aunque Wilma se le pareciera algo físicamente, todo en realidad resultaba diferente. Wilma no tenía nada de sensacional. Era una chica bonita, grata a los ojos, pero de ahí no pasaba.

Y a Tom Gravers de gustaba que fuera así. Él jamás se hubiera

casado con una mujer como aquélla, como Jennie. Cuya mirada acusaba demasiadas cosas feas.

—¿Qué puede usted decirme del mayordomo?

—Nada —fue la respuesta escueta de Jennie, pero se la notó tan nerviosa que resultó fácil deducir que allí había algo más.

Algo más que no decía.

Y que deseaba callar por lo menos mientras la situación no se hiciera para ella más comprometida.

Pero el teniente sabía preguntar y comprometer con rapidez. Era una de sus especialidades.

—¿Se lo recomendó alguna amiga? ¿O acaso alguna agencia?... Necesitamos saberlo. Hemos de comprobar cuanto antes...

Ya la ponía, antes de hablar, entre la espada y la pared.

—No me lo recomendó ninguna amiga, ni tampoco ninguna agencia —carraspeó, violenta—. Yo le conocí hace años... Vino a verme, pidiéndome trabajo... Pero a mi marido no se lo dije —sonrió forzosamente—, a veces los maridos no son comprensivos y hacen una montaña de cualquier tontería.

—Comprendo. ¿De qué le conocía?

—Usted ya debe saber por Wilma... —sonrió con más facilidad—. Pero ante todo, teniente, permítame decirle que me alegro de conocerle, ya que Wilma y usted...

—Olvídese de su hija en ese sentido —le cortó, tajante—. En este asunto no hay novias de por medio. Estoy aquí en plan oficial, señora.

—Bueno —carraspeó de nuevo—, le decía que usted ya debe saber... que yo, antes de casarme con Dan Brolley, trabajaba en las salas de fiestas... Fue en uno de esos locales donde conocí a Jason. Me refiero al mayordomo.

—¿Cuántos años hace de eso?

—Unos ocho o nueve. Él tendría entonces unos veinte recién cumplidos.

—¿Hubo algo entre ustedes por aquel entonces?

—No, no... —Enrojeció—. Claro que no...

El teniente Tom Gravers pensó que Jennie mentía muy mal. Tan mal que parecía aquélla su primera mentira. Y sin embargo, por su aspecto debía haber dicho muchas.

Posiblemente demasiadas.

El *cassette* fue examinado minuciosamente.

No existían otras huellas digitales que las del propio Dan Brolley. Lo que ya era de esperar.

No obstante, un experto estudió la voz que había grabado aquel trozo de la cinta y pudo llegarse a una importante conclusión. Esa persona, la que fuera, podía ser reconocida, de antemano no podía garantizarse el resultado, pero era factible.

Sobre todo al principio, la voz se mostraba con matices bastante precisos y acusados. Luego ya no, el resto de la cinta no había quedado bien grabado.

De ello que Wilma, Robert y Mark Brolley, y asimismo los componentes del servicio, tuvieran que pasar por comisaría para efectuar una prueba. Esto no contó para Gary Brolley, que debido a sus condiciones particulares recibiría más adelante un especialista a domicilio.

Pero, no fue preciso llegar a esto.

Así que el experto examinó con minuciosidad la voz del primero, es decir, de Robert Brolley, éste fue rigurosamente retenido en la comisaría de policía.

Los demás pudieron ya marcharse. Ni siquiera les hicieron pasar por la prueba.

Al poco, Robert se hallaba en una amplia habitación. Había varios hombres por allí.

No podía reparar en cómo eran, porque habían encendido un fuerte foco frente a él.

Esa voz no le permitía nada, a no ser pestañear.

El que se hallaba al otro lado de la mesa era el teniente Tom Gravers. Y fue él quien empezó a disparar el interrogatorio.

—¿Qué motivos le impulsaron a dar muerte a Jason, el mayordomo? ¿Le conocía desde hacía mucho tiempo? ¿Acaso sostuvieron alguna violenta discusión? ¿Dónde escondió el cuchillo?

—¡No! ¡No! —negó Robert, repetidamente—. Yo no tengo nada que ver con esa muerte.

—Su voz lo dice bien claro en la cinta del *cassette*... «Otros morirán antes que tú...» Por lo visto la primera víctima era Jason.

—¡No! ¡No! —volvió a negar—. ¡Yo no he matado a nadie! Ni es mi voz la que grabó eso en la cinta. ¡Le juro que no!

—Su voz ha sido identificada por el perito. No le sirve de nada

negarlo, acepte los hechos. Será lo más sencillo para usted y para nosotros.

—Le aseguro que soy inocente. ¡Inocente...! Y por favor, apague esa luz. Me está haciendo un daño insoportable en los ojos.

—Primero confiese.

—No puedo confesar lo que no es cierto.

—¿No se da cuenta de que ya ha caído en la ratonera? Y de esta ratonera no se sale negando la evidencia, puede darlo por seguro. Repito, ¿por qué mató al mayordomo?

—¡No! ¡No! —volvió a exclamar. Pero esta vez añadió—: Se lo explicaré todo. Desde el principio hasta el final. Me avengo a ello... Pero se lo ruego, apague este endemoniado foco.

Se oyó el «clic» de un interruptor y la luz se apagó.

A Robert le hizo la sensación de que la habitación había quedado a oscuras. Pero solo, claro, durante unos brevísimos instantes.

—Pueden dejarnos —dijo el teniente Tom Gravers, dirigiéndose a sus hombres—. Por lo visto ya se aviene a razones —y volviéndose hacia Robert—: Bien, empiece.

—Mi tío es odioso... —Fue lo primero que dijo, quizá pensando que era una manera como otra de empezar a narrar los hechos.

Pero como sea que se detuviera, le apremió la voz recia del teniente:

—¿Qué le hace, a su juicio, ser odioso?

Se había cerrado la puerta. Los agentes se habían ido. Sólo quedaba uno, que copiaba a máquina las preguntas y respuestas del interrogatorio.

—Todo —sentenció Robert—. Todo en él es odioso. Hasta el modo como te da el dinero.

—¿Quiere decir que es generoso dándolo?

—Sí, eso es —asintió.

—Prosiga.

—Todos piensan como yo. No vaya usted a imaginarse, teniente, que soy el único en odiarle. Todos nosotros daríamos cualquier cosa por verle bajo tierra; quiero decir... enterrado.

—Dice usted «todos nosotros». ¿A quién en particular se está refiriendo?

—Ya se lo he dicho, a todos, a Jennie, a Mark, a Wilma... ¡Ah,

perdone, teniente! —se apresuró a decir, al caer en la cuenta de que estaba hablando con el novio de la interesada—. En realidad Wilma es la única, posiblemente, que ni se molesta en odiarle... En cuanto a mi padre, siente verdadera aversión hacia su hermano. Le debe mucho, sí, de acuerdo, pero se lo ha hecho pagar tan con creces...

Hizo una pausa.

Prosiguió:

—Como le decía, es odioso... Por eso se me ocurrió hacer eso... ¡Pero maldigo ahora la idea! Pero yo no podía imaginarme que iba a haber un muerto y que todo se iba a complicar de esta manera tan lamentable...

—¿A qué idea en concreto se está refiriendo?

—A darle un susto.

—¿Qué clase de susto?

—A lo del *cassette*... Se me ocurrió, después de la canción de Liz, poner mi voz, desfigurándola lo más posible, por descontento... Poner mi voz diciendo: «Tu esposa te engaña... Eres el hazmerreír de todos tus amigos». ¡Pero le juro, teniente, que yo no grabé nada más! Ni una sola palabra más.

—No me quiera hacer creer eso.

—Es la verdad. Ni una sola palabra más. Yo me limité a eso ya... Creo que es mejor que se lo diga todo. No quiero más líos.

—Hable.

—Dejé colocado un microfilm, dispuesto a ponerlo en marcha desde la habitación contigua así que oyera la canción de Liz... Sabía de antemano que la escucharía sentado en el sillón de cuero negro, de alto respaldo; es su favorito... así que enfoqué con la cámara ese trozo de la habitación... Pensé que sería para morir de risa verle luego en la pantalla, irritado, colérico, desencajado. Y esto es todo, teniente. Ya no le oculto nada.

—¿Dónde está ese microfilm?

—En mi dormitorio. En un cajón, bajo llave.

—Nos lo entregará.

—Sí, teniente. Pero supongo que ahora podré irme, ¿no es cierto? He podido llamar a mi abogado, negándome hasta entonces a hablar. Conozco mis derechos, aun así, he colaborado con la policía...

—¿Quién nos asegura que usted sólo grabó esas palabras que

dice? —Pero Tom Gravers no quiso hacerse fuerte en este punto, pues el perito ya le había dicho que el resto estaba mal grabado, resultando, por tanto, imposible la identificación—. Bueno, en principio lo aceptamos así. Puede marcharse. Pero no abandone la ciudad.

—De acuerdo, teniente.

—Le acompañará un agente. Entréguele el microfilm.

—Sí, teniente.

CAPÍTULO III

Había sido pasado el microfilm.

Los ojos del teniente Tom Gravers, vivos, sagaces, habían seguido con atención la proyección en la iluminada pantalla, y la sonoridad, que había llegado perfecta a sus oídos a través del altavoz. Estuvo pendiente, pues, de todos y de cada uno de los detalles.

—¿Saca alguna deducción? —preguntó a Tom Gravers su jefe, el capitán Motter.

El capitán Motter era un hombre ya mayor, de mediana estatura, cuyo aspecto tenía bastante de perro de presa.

—Ninguna. ¿Y usted?

—No, nada de particular.

—Dan Brolley escuchó la canción —resumió el teniente Tom Gravers—, oyó la voz que le amenazaba y empezó a sudar como un condenado a muerte... Y su sentencia se cumplirá a menos que nosotros acertemos a detener antes al asesino.

—¿Qué piensa del hermano de Dan Brolley?

—A juzgar por lo que su cara expresa en el microfilm mientras la voz amenaza a su hermano, no parece un hombre muy impresionable.

—¿Qué se le ocurre, como primer paso...?

—Había pensado en ir a hablar a esa tal Liz.

—No es mala idea.

—Hay que encontrar el hilo de la madeja. Lo malo es que esa madeja me parece que va a estar muy enredada.

—Sí, algo así pienso yo. ¿Tiene familia el mayordomo?

—No, ninguna. No hay por ese lado a quien interrogar.

—Bien, vaya a ver a esa cantante. Supongo que, pese a todo, ese trabajo debe ser más agradable que otros... —sonrió, malicioso—. La chica debe ser un bombón.

—A los bombones mezclados en sangre, no termino de encontrarles buen sabor, jefe —pero a su vez sonrió.

—Ella posiblemente no estará complicada en nada.

—Posiblemente. Ya veremos. Hasta luego, jefe.

Apenas unos segundos después, el teniente Tom Gravers se disponía a cumplir las órdenes recibidas. Pero Wilma, con la que con anterioridad se había citado en un *snack-bar*, no le estaba dando facilidades.

—Habíamos quedado en que esta tarde ibas a llevarme al cine, Tom.

—Sí, ya lo sé —asintió éste—, y lo lamento de veras, pero no es posible, tendremos que dejarlo para otro día. Tengo una misión que cumplir.

—¡Oh, Tom, no sé cómo interpretar la forma en que a veces me tratas!

—No debes interpretarlo de ninguna manera especial, que yo sepa. Pero soy un policía, Wilma, y esto debes tenerlo muy en cuenta.

—¿Cómo no voy a tenerlo en cuenta —se lamentó—, si tu deber lo antepones a todo?

—Así debe ser, Wilma, además, en este caso concreto, te interesa, os interesa que me mueva... Voy a ver si saco algo en claro, algo relacionado con la muerte de vuestro mayordomo.

—¿Has de ser tú precisamente quién se encargue de este asunto? ¡Mira qué coincidencia!

—Sin coincidencia —le hizo saber—. Se lo he pedido a mi jefe. Tengo especial interés en el caso, Wilma. Compréndelo, en este caso estás mezclada tú.

—¿Yo? —Se sofocó—. ¡Supongo que no irás a decirme que también desconfías de mí! ¡Porque tú, cuando te da por desconfiar, lo haces hasta de una mosca!

—Yo desconfío de todo el mundo. Es mi obligación, no debo dejar al margen absolutamente a nadie.

—Tom, tú hoy quieres hacerme enfurruñar —hizo un mohín de enfado—. Primero me dices que ya no me llevas al cine y luego medio me acusas de un asesinato...

—Te pones muy bonita cuando te enfadas. ¿Te lo había dicho alguna vez? Tendré que hacerte enfadar más a menudo —y Tom

había dejado su expresión seria para sonreír a su novia.

—¡Si desconfías, dímelo claramente! ¡Dímelo sin darle más vueltas! Así sabré hasta dónde llega tu poco amor por mí.

—Alguien ha tenido que matar a ese hombre, ¿no es eso? —bromeó.

—¿Y he de ser yo? —Seguía con su mohín de enfado—. ¡Más te valiera pensar en los que me rodean! Todos juntos no valen un centavo sucio... Bueno, mi madre es distinta... Tiene sus defectos, pero es incapaz de nada semejante... —Y sin transición—: ¿Y se puede saber adónde vas a ir tú ahora?

—Según mi jefe, a entrevistarme con una chica que es un bombón.

—¡Tom, hoy estás insufrible!

—Anda, no seas tonta... —Sobre la pequeña mesa en que se hallaban sentados, estiró él las manos de la muchacha e hizo que ella se inclinara hacia adelante. Él lo hizo también y la besó en la boca—. Sabes que te quiero muchísimo.

—Pero ahora te largas.

—Seguro —se puso en pie—. Sin perder un minuto.

Al poco se ponía al volante del negro «Mercury» del departamento de Homicidios.

Hizo un gesto con la mano despidiéndose de Wilma, que quedó en la acera.

Ya el coche en marcha, la totalidad de sus pensamientos se centraron en la entrevista que iba a llevar a cabo.

No es que tuviera mucha confianza en aquel paso que iba a dar, pero alguno tenía que ser el primero. Quizá hubiera suerte.

Ante la fachada del *night-club*, con el portero uniformado de color granate y botones y charreteras doradas, frunció el entrecejo.

El aspecto del local no estaba nada mal, todo lo contrario, pero él era un sabueso en olfatear los lugares sospechosos. Y éste lo era, o mucho tenía que estar equivocándose.

Con decididas zancadas se acercó a la ancha puerta de cristal, empujó y entró en el interior.

No miró apenas a la muchacha que estaba en la pista. No se molestó. No cantaba. Sólo se cimbreaba, aunque ella posiblemente debía creer que sabía bailar.

Fue directamente a la barra.

—Un *whisky* —pidió al *barman*.

Éste se lo ofreció con una sonrisa amable, de antemano buscaba la propina.

—Oiga, ¿ha actuado ya Liz?

—No, todavía no.

—¿Tardará?

—Cosa de un cuarto de hora.

—¿Está ahora en su camerino?

—Sí. Pero no se puede pasar. Está prohibido.

—¿En serio? —Y sin más—: Luego vengo por el *whisky*, ahora voy a hablar con ella.

—Pero si...

No se molestó en añadir nada más. Pensó que por sí mismo ya se percataría de lo que acababa de decirle. Le estaría bien por obstinado.

Tom Gravers avanzó rectamente hacia los cortinajes de raso situados al fondo del local, que sin duda darían acceso a los camerinos y también, como no, a la escalera que debía conducir al piso alto del salón.

Pero apenas había adelantado un par de pasos, se le antepuso un sujeto que parecía una bestia, alto, fuerte, todo músculo, sin un solo cabello en el cráneo.

—Eh, amigo, por aquí no se puede pasar.

—Teniente Tom Gravers —le enseñó la placa—, del departamento de Homicidios. Tengo que hablar con Liz.

El sujeto torció el gesto.

—¡Ah, si es policía!

Le cedió el paso.

—¿Es éste el camerino? —Y como el sujeto asintiera, Tom Gravers dio con los nudillos.

—Adelante —sonó una voz musical.

Abrió la puerta y entró.

—Vaya, vaya... —comentó Liz ante la atlética apostura del policía, y su mirada no pudo ser más descarada de lo que fue.

—Soy el teniente Tom Gravers. Venía a hablar con usted.

—No me gustan los policías —comentó—. Bueno, siendo sincera, es usted el primero que me gusta... —Lanzaron chispitas

maliciosas sus ojos oscuros—. Pase, y siéntese si gusta. Me estaba arreglando para actuar. Dentro de poco me toca salir a la pista.

Liz era una chica verdaderamente guapa. Desde luego era muy joven, jovencísima. Tanto que, sin lugar a dudas, era una menor.

—Hasta cierta edad una chica no puede actuar en un local como éste. Supongo que no lo ignora. ¿O acaso sí? En este caso...

Ella le interrumpió:

—Tengo ya veintiún años, teniente.

—Lo que tiene es la cara llena de maquillaje. Intenta dárselas de mayor... ¿Qué, le gustaría que le pidiera la documentación? No, seguro que no le gustaría. Pues bien, voy a proponerle un trato. Yo me creo lo de sus veintiún años y usted me dice todo lo que sepa.

—Lo que sepa, ¿de qué?

—De lo que yo le pregunte.

—Bueno —se encogió de hombros—, de acuerdo.

—Dígame quién es ese gigante que quería prohibirme el acceso a los camerinos.

—Es el guardaespaldas de Brolley.

—¡Ah!, ¿tiene un guardaespaldas Dan Brolley? No lo sabía. Ni idea de eso.

—Me estoy refiriendo a Mark Brolley, el sobrino de Dan Brolley. Mark trabaja aquí. Es el contable.

—¿Y para qué necesita guardaespaldas Mark Brolley?

—Para estar más protegido... Siempre se tiene un guardaespaldas para eso, ¿no es cierto?

—Pero ¿de quién teme algo? —preguntó el teniente.

—¡Y yo qué sé! Pregúntele a él.

—Me parece que no desea ayudarme... Usted sabe más cosas. Tiene cara de chica lista.

—No, no sé nada —pero arrastró lentamente las palabras, con tan acusadora como delatadora dificultad—. Le aseguro que no. ¿Acaso no me cree usted, teniente?

—No. Y vale más que colabore conmigo, de lo contrario, y aun lamentándolo mucho...

Entendió perfectamente lo que quería decirle. Más claro, desgraciadamente, no podía estar.

—Bien, bien... —Se resignó Liz—. Le diré todo lo que sé. Pero esto no me gusta. Si se averigua me va a costar caro.

—Queda entre nosotros. Hable con toda tranquilidad.

—Pues verá... —Y se decidió a hablar, pues en definitiva lo único que debía importarle era estar a bien con la policía—. Mark Brolley tiene un amor... Ella vive en el campo, a unos veinte kilómetros de aquí, pero su tío, Dan Brolley, está dispuesto a separar a la pareja. Y para lograr tal fin utilizará todos los medios imaginables... Y Mark, que lo sabe, para prevenirse ha contratado a ese... gigante.

—Parece una explicación muy rebuscada.

—No hay otra, a menos que me la invente para complacerle a usted.

—¿Cómo se llama esa muchacha? ¿Sabe exactamente dónde reside?

—No, no sé su nombre. Ni tampoco sé dónde reside.

—¿Y qué dice Dan Brolley de la presencia de ese guardaespaldas aquí, en su propio local?

—Dan Brolley cree que está aquí para la seguridad del club, por si hay alboroto, jaleo... Esas cosas que a veces pasan, sin que nadie en realidad tenga la culpa. Pero quien verdaderamente le paga es Mark, para que esté a su lado y a su favor en todo momento.

—Un punto aclarado. Dígame ahora...

—Lo que quiera, teniente —y le sonrió, demostrándole que como hombre le caía bien, pero que muy bien.

—¿Qué opinión le merece particularmente Dan Brolley?

No necesitó pensárselo dos veces.

—Es un solemne puerco.

—¿Lo dice por lo gordo que está?

—Lo digo porque es un puerco, en toda la amplitud de la palabra. No me lo recuerde porque se me revuelve el estómago.

—Pero gracias a él está usted contratada aquí, en un *night-club* de categoría, ¿no es eso verdad?

—Sí, lo es. ¡Pero ya se cobró el sinvergüenza ese! —Hizo un gesto de asco—. ¡Si no cobraba no había contrato! ¿Qué quiere?... Necesitaba trabajo, acepté lo que me proponía.

—Era una solución.

—Pero una vez y basta... ¡No tengo tanto aguante! Conque ya puede venir insistiendo, siguiéndome las vueltas, pierde el tiempo... Si él lo pasó bien, yo lo pasé horrible...

—¿Conoce a su esposa?

—¿A Jennie?... Sí, claro. La he visto por aquí varias veces. Siempre viene muy elegante.

—¿Qué opina de ella?

—Que está maravillosamente conservada... —se rió entre dientes.

—¿Por qué se ríe?

—¿De veras quiere también saber esto?

—Yo quiero saberlo todo. Soy muy curioso.

—Un día la vi en otro lugar. Iba acompañada de un hombre joven. Me aseguraron que era su mayordomo. No sé si sería cierto o no, pero lo que sí puedo asegurarle es que pasaron toda la noche juntos. Dan Brolley estaba de viaje y por lo visto aprovechó lindamente su ausencia... Lo que, entre nosotros, teniente, a mí no me extraña nada. Debe estar harta y asqueada de su marido... aunque disimule, ¡a mí que no me digan! ¿Algo más teniente?

—De momento nada más. En todo caso volveré otro día, ahora me voy ya. La dejo que se arregle para actuar.

—No necesita irse... Puede quedarse, teniente.

—Se me hace tarde.

—En todo caso... —Se acercó a él—, ¿por qué no viene a verme esta noche a mi apartamento? Estoy libre.

—Si fuera y mi novia se enterara, me asesinaría... —bromeó—. Y ya hay un muerto en todo esto. No hay que añadir más cadáveres.

—Piénselo, teniente, a mí me encantaría verle. Vivo en... —le dijo dónde—. No olvide la dirección, por favor.

—Tengo buena memoria. No se preocupe, por eso no queda.

Fue a la barra a beberse el *whisky*.

Tenía la intención de salir de allí apenas hubiera oído cantar a Liz.

Pero antes la oiría, por descontado que sí. Le interesaba saber quién, durante la actuación, más clavaba en ella sus ojos.

La oyó cantar.

Por lo demás, averiguó sin dificultad lo otro...

Fue el guardaespaldas de Mark Brolley quien no la perdió de vista un solo instante.

Ya sabido esto, el teniente se dispuso a salir de allí. Tal como lo

había pensado.

Pero en aquel momento vio que entraba Robert Brolley.

—¿Usted, teniente? Le invito a una copa.

—No, gracias. Ya la he tomado. Ya me iba.

—¿Ha venido buscando algo? ¿Algo relacionado con la muerte de Jason, nuestro mayordomo?

—¿A usted qué le parece?

—Me parece que sí.

—Ha acertado.

—¿Y qué busca aquí?...

—Pistas. Usted no me ofreció ninguna.

—Yo no sé nada.

—¿De veras? —Miró a su alrededor y vio que en la barra estaban completamente solos, pues incluso el barman se hallaba al otro extremo—. ¿Qué sabe de la muchacha a la que ama su hermano?

—Mi tío se opone. Mi tío siempre se opone a todo. Esa muchacha no es la excepción.

—¿Y qué más? —preguntó el teniente.

—Mark la va a ver a menudo, a veces, incluso, pasa varios días con ella... Dice que se dirige a otra parte, o busca alguna excusa bastante aceptable, y así de momento va sorteando el asunto.

—¿Cómo se llama la muchacha? —Pero se antepuso a la respuesta de él, un tanto irónicamente—: No, no lo sabe.

—No, de veras que no.

—Tampoco el lugar exacto en donde vive...

—Tampoco.

—¿Y por qué su hermano Mark no se rebela abiertamente?

—Mi tío tiene ochocientos mil dólares en sus cuentas corrientes. Y también tiene un testamento, en el que reparte su dinero a partes iguales.

—¿Entre quiénes?

—Jennie, Wilma, Mark y yo... Siempre y cuando ninguno le desobedezca. En ese caso, quedaría excluido... ¿Comprende ahora por qué Mark no se atreve a dar la cara?

—Pero, pensar en un testamento, ¿no resulta prematuro? Dan Brolley no debe tener más de cuarenta y cinco años.

—No morirá de muerte natural —dijo Robert—. Los hombres

como él se quedan siempre a medio camino. Resulta inevitable.

—A propósito. ¿Usted también trabaja aquí, en el local?

—Sí —asintió—, ayudo a Mark en la contabilidad.

—¿Qué opina de Liz?

—Es una chica muy bonita.

—¿Le gusta?

—Supongo que gusta a cualquiera.

—Ya me ha entendido. ¿Le gusta de un modo particular?

—Si me está preguntando si entre ella y yo ha habido algo, mi respuesta es negativa. Y si quiere saber la razón, se la diré sin más rodeos. Mi tío no me perdonaría que pasara un rato con ella. Si se enterara, claro...

—¿No le dan tentaciones de intentar que no se entere?

—No —repuso—. Mi tío tiene ochocientos mil dólares. La cuarta parte, son doscientos mil dólares... No quiero jugármelos por una muchacha, por muy bonita que pueda ser. Bien mirado, chicas hay en todas partes.

—Quizá no sean tan bonitas como Liz.

—Esto exactamente es lo que piensa mi tío. ¿De veras no quiere que le invite a una copa?

—No, de veras, gracias. Ya me iba —y saltando del alto taburete—: Hasta otra.

—Hasta otra, teniente.

CAPÍTULO IV

El capitán Motter le preguntó si había adelantado algo. Si había ya encontrado el hilo de la madeja.

—Puede que sí, jefe.

Acto seguido, Tom Gravers mandó llamar a uno de sus hombres.

Debían ir un par de agentes, vestidos de paisano, al *night-club*: vigilancia estrecha y continúa. Quizá hubiera doble fondo en el negocio: juego, drogas, o lo que fuera. Debían averiguar, asimismo, si en efecto las cuentas corrientes de Dan Brolley ascendían a ochocientos mil dólares.

Seguidamente, el teniente Tom Gravers quiso volver a pasar por la pantalla el microfilm.

—¿Qué busca, Tom? —le preguntó el capitán Motter.

—Pasándolo a cámara lenta, quizá advierta algo especial...

—¿Como por ejemplo...?

—No sabría decirle.

—En algo piensa, Tom. Dígame de qué se trata.

—No sé. Exactamente no lo sé... Pero por sistema no me gusta dejar a nadie libre de sospechas.

—¿Se está refiriendo a Gary Brolley? —preguntó el capitán Motter.

—Exactamente, jefe —y añadió—: Dadas sus condiciones físicas, no cabe que sea el asesino... No cabe en absoluto. Donde el mayordomo fue hallado muerto, Gary Brolley no podía llegar con su sillón de ruedas... Pero ya se lo he dicho, de un modo contundente y sistemático rehúyo el dejar a nadie absuelto de culpas.

—Pero usted mismo se contradice, Tom. Si no podía llegar con su sillón de ruedas hasta el lugar del crimen, ¿a qué darle más vueltas al asunto? Respecto a Gary Brolley, está ya todo claro...

—Es posible —asintió—, de todos modos, voy a pasar de nuevo el microfilm a cámara lenta... Puede que me dé cuenta —respiró

hondo— de que... de que a espaldas de Dan Brolley se mueven las piernas de su hermano Gary.

—¿Insinúa que se hace el paralítico, sin estarlo?

—Me limito a sugerir —dijo— que debemos pensar en esa posibilidad.

Pero ni la sonoridad ni la proyección del microfilm revelaron nada.

Pero resultaron chocantes, eso sí, las carcajadas del asesino a ritmo lento:

—«¡JAAA! ¡JAAA! ¡JAAA!...»

—De todos modos —dijo Tom Gravers—, voy a ir a visitar personalmente al doctor Barrow. Es el doctor de la familia.

—Por lo visto, sigue desconfiando de Gary Brolley.

—Quiero asegurarme, simplemente eso.

—Me parece bien. ¿Va a ir ahora o va a dejarlo para mañana?

—Voy a ir ahora mismo. Sé la dirección de su clínica particular. Sin duda le encontraré allí.

—De acuerdo.

El teniente. Tom Gravers no quería perder un solo instante, por lo que le dio con fuerza al acelerador del coche. Su intuición le decía que todo aquel asunto estaba al rojo vivo.

Poco después se detenía ante la lujosa clínica del doctor Barrow, a cuyo despacho llegó sin dificultad, aunque para lograrlo tuvo antes que mostrar su placa.

—El doctor vendrá tan pronto pueda —le dijo una enfermera, lindamente uniformada—. Tenga la bondad de esperar unos minutos.

Estaba dispuesto a esperar lo que fuera preciso.

Cuando una duda se le metía entre ceja y ceja, no paraba hasta aclararla por completo.

Pero no se vio precisado a esperar mucho, aunque no, ciertamente, porque se presentara el doctor Barrow.

La puerta se abrió, en efecto, y alguien entró en el despacho. Pero no se trataba ni mucho menos del doctor Barrow.

Era un hombre corpulento, cuyos rasgos le recordaron a alguien, aunque en aquel momento no se vio capaz de saber a quién.

Ese hombre sacó una navaja del bolsillo de su americana. Una navaja que abrió automáticamente, con un «crec» veloz que no

gustó nada al teniente Tom Gravers, aunque en otras peores se había visto.

Las intenciones de aquel hombre eran bien definidas, así que Tom Gravers se levantó del sillón de un brinco.

No tuvo tiempo de hacer nada más, porque el tipo de la navaja cayó sobre él como una tromba.

Pero Tom Gravers le esquivó, y luego le obsequió con un directo todo lo efectivo que exigía el caso, y el hombre recibió el contundente golpe en plena mandíbula, soltó la navaja, vaciló grotescamente sobre sus pies dando media vuelta sobre sí mismo, y fue a dar de costado contra la misma puerta por la que había entrado. Un, trompazo rudísimo que, por unas décimas de segundo, pareció atontarle.

Pero se rehízo y buscó apresuradamente su pistola.

No antes, empero, de que el teniente sacara la suya de la funda de la axila.

—Quieto o disparo... —le previno.

El hombre quedó indeciso, con la sangre congestionándole el rostro. No sabía qué hacer.

—Suelta la pistola y di quién te envía.

—Nadie... nadie... —murmuró torpemente.

—En la comisaría recobrarás la memoria, no te preocupes... Pero tú me recuerdas a alguien —y volvía a sentir la misma sensación de antes—. ¿O acaso nos hemos visto en otra ocasión?

—No, nunca nos hemos visto —aseguró.

—Pero, bueno, aclaremos, ¿quién te envía?

No había de contestar.

Ni entonces ni más adelante.

Alguien disparó repetidamente desde el pasillo estucado de blanco, a través de la puerta, agujereándola sin contemplaciones, y el cuerpo de aquel hombre, acribillado a balazos, se pegó en un principio a la madera y luego se fue deslizándose, escurriendo hacia abajo, hasta quedar en el suelo, ya inmóvil para siempre.

—Muerto —dijo Tom Gravers.

—Muerto —corroboró el doctor Barrow, quien había acudido apresuradamente ante el ruido de los disparos y ante el alboroto que había ocasionado la huida precipitada de la persona que había disparado.

Pero nadie supo decir quién había sido. Había huido por la escalera como alma que persigue el diablo.

Ni siquiera Tom Gravers alcanzó a verle.

Todo en este sentido fue inútil.

—Bien, teniente —no tardó en decir el doctor Barrow, así que el cadáver del desconocido fue retirado—, según me han dicho, usted quería hablar conmigo.

El doctor Barrow era un hombre de edad avanzada, cuyo sólo aspecto infundía ya respeto.

—Sí, doctor. Venía a hacerle un par de preguntas relacionadas con un cliente de usted.

—Estoy a su disposición. Siéntese, por favor.

—Se trata de Gary Brolley —tomó asiento ante a la lustrosa mesa de escritorio—. ¿Qué puede decirme de la dolencia que le aqueja?

—Fue un accidente desgraciado. Se intervino quirúrgicamente, se hizo lo humanamente posible, pero todo fue inútil.

—Yo quería preguntarle, ¿cabe en su caso concreto una inesperada recuperación?

La respuesta fue tajante:

—No.

—Pero usted le sigue visitando, ¿no es eso?

—Sí, soy el doctor de la familia. Pero respecto a sus piernas poco queda por hacer, y él es el primero en saberlo.

—¿Le aqueja alguna dolencia?

—Trastornos sin importancia.

—En cuanto a Dan Brolley, ¿cómo le va la salud?

—Tiene excesiva grasa en el cuerpo, y los bronquios demasiado cargados de humo. Lo primero le afecta al hígado y lo segundo a la respiración. Del resto está bien.

—Ha habido un asesinato en su domicilio, ¿lo sabía usted?

—Ni palabra.

—Ha muerto el mayordomo. Una cuchillada.

—Algo parecido a lo que ese sujeto quería hacer con usted, teniente. ¿No es eso?

—Aproximadamente.

—¿Se saben los móviles del crimen? Si usted no lo considera excesiva curiosidad por mi parte...

—Todo está aún muy oscuro. Supongo que usted no puede ayudarme a esclarecer el caso...

—No, y lo lamento. Yo apenas salgo de esta clínica. Éste es mi mundo.

—Me hago cargo —se levantó—. Bien, nada más, doctor Barrow. Gracias por el tiempo que le he robado.

Al salir de la clínica lanzó una mirada a su alrededor. Una mirada prevenida.

Después de lo sucedido tenía que tomar sus precauciones. El asunto se estaba complicando a marchas forzadas.

Los faroles, ya encendidos, iluminaban la acera y su «Mercury», que había dejado aparcado allí cerca.

En dos zancadas estaría al volante. Y cuando volviera por allí, iría acompañado de sus agentes. Pues por lo visto allí en la clínica estaba la diana del asunto.

O al menos una de las dianas.

Porque quizá hubiera varias.

Pero antes de llegar hasta el coche, se vio detenido por la persona en quien menos pensaba en aquellos momentos.

—¿Qué hace usted por aquí...?

—Esperarle —dijo Jennie—. Esperarle, teniente.

—¿Y cómo sabía que yo estaba, aquí?

—Pasaba casualmente con mi coche y le he visto, detener el suyo, apearse y entrar.

—Sí, francamente, ha sido una casualidad... Convengo con usted en ello.

—Y se me ha ocurrido esperarle. —Jennie iba envuelta en un magnífico abrigo de pieles—. Creo que es conveniente que me sincere con usted.

—Si lo considera conveniente... Pero en medio de la acera no estamos bien situados. Mejor que nos vayamos a ese *snack-bar* —indicó con un gesto el establecimiento; estaba apenas a unos quince metros—. ¿Le parece a usted?

—Sí, teniente.

Entraron. El local era amplio, moderno, con varios reservados. No había mucho público. Eligieron una mesita apartada.

—Usted dirá.

—Debe estar esperando que le hable del crimen, ¿no es eso? — Miraba interrogativamente al teniente, pero no esperó respuesta—. Sin embargo, estoy aquí para hablarle de mi hija, ante todo de mi hija.

—Le escucho.

—Wilma es buena, generosa, encantadora, es una muchacha llena de virtudes.

—Resulta innecesario que me haga propaganda de sus cualidades. Yo soy el primero en vérselas, además, estoy muy enamorado. Pienso casarme con ella.

—Sí, sí, ya lo sé... Pero mi marido la desheredará si se casa con usted. Sin lugar a dudas. Dan es así.

—Me tiene completamente sin cuidado lo que su marido pueda hacer. La paga de teniente nunca me ha parecido despreciable.

—Me gusta oírle hablar así. —Jennie sonrió—. En realidad, me siento orgullosa de que mi hija haya dado con un hombre como usted. Un hombre de pies a cabeza.

—Gracias, señora.

—Y ahora más que nunca doy por bien empleado todo mi sacrificio... Me refiero —le explicó, sin necesidad de que Tom Gravers le preguntara— a soportar a mi lado a un hombre como mi marido. Vivir a su lado es un infierno.

—Si usted lo dice...

—Sí, lo digo —afirmó—. Pero ciertos infiernos tienen sus ventajas... y éste lo tiene. Quiero decir que, casándome con Dan, salí de una vida azarosa en la que hubiera acabado hundiéndome, aun así, le habría rechazado a no ser por Wilma, la hija que había tenido de mi primer matrimonio, de mi primer y único amor... Sí, le hubiera rechazado a no ser por Wilma... Dan siempre me dio asco, náuseas... Pero casándome con él iba a poder convertir a Wilma en una señorita. En una señorita digna de un hombre como usted, teniente. ¿Comprende?

—Sí, señora.

—Por eso me decidí. Y por eso le sigo aguantando y complaciendo... como mejor sé. Pero...

—¿Hay algún pero? —inquirió, al ver que el rostro de Jennie se demudaba, en súbito cambio de expresión.

—Sí, lo hay. Creo que Dan duda de mí... Sospecha que mi

fidelidad no ha sido muy rigurosa... Ya no le importo como antes, ni mucho menos, pero es un hombre incapaz de perdonar una traición. Y siento miedo, se lo digo con toda sinceridad.

—Pero usted tiene la conciencia tranquila —dijo el teniente—. No tiene nada que reprocharse. ¿O acaso sí...?

—Sí, teniente. Y se lo ruego, no me juzgue con excesiva severidad. Pero junto a un hombre como Dan, la fidelidad es una palabra cuyo significado no se asimila... Créame, es odioso...

—No cabe duda, todos ustedes coinciden en este punto de la cuestión.

—Sí, claro. Bueno, ahora sólo me queda hacerle un ruego... ¿Puedo telefonarle a la comisaría si Dan averigua algo... quiero decir, si alguien le hiciera saber... en fin, ya me entiende...?

—Sí, la entiendo. Telefonéeme si sospecha que pueden hacerle daño, acudiré presuroso en su ayuda.

—Muchas gracias —y con una sonrisa agregó—: De todos modos, confío en que sea la mía una falsa alarma. Bien mirado, se lo decía antes, ya no significa para Dan lo mismo que al principio... Sin duda porque ahora está interesado por esa chiquilla llamada Liz...

—¿Y qué me dice —quiso aprovechar la ocasión para preguntárselo— de la novia de Mark? ¿La conoce usted?

Esperaba que dijera que no. Como todos.

—Sí —asintió Jennie—. En cierta ocasión creí que Dan iba a reunirse con Liz, le seguí con mi coche y fui a parar a una casa de campo, a unos cuantos kilómetros de aquí... Resultó que allí vivía la novia de Mark... Se llama Alice.

—¿Podría facilitarme la dirección exacta?

—Claro que sí.

—Pero, dígame, ¿qué hizo Dan allí, en la casa de campo?

—Hablar con Alice. Supongo que amenazarla. No se lo he preguntado.

Apenas llegó a la comisaría, uno de sus hombres le informó.

—Las cuentas corrientes de Dan Brolley no ascendían, ni mucho menos, a ochocientos mil dólares, apenas a unos cincuenta mil.

El teniente Tom Gravers, por su parte, se dispuso a informar al capitán Motter de cuanto acababa de sucederle, de los hechos que unos tras otros habían jalonado el final de aquella jornada.

—¿Alguna conclusión, Tom?

—Deducciones, muchas, jefe. Conclusiones, aún ninguna.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Diga —respondió Tom Gravers, cogiendo el auricular—. ¿Quién habla? Sí, soy el teniente Gravers... ¡Ah! ¿Es usted? Sí, sí, le oigo perfectamente... ¿Cómo dice? ¿Qué tiene que decirme algo sin duda de vital importancia? Voy inmediatamente hacia la clínica... ¿Cómo? Sí, lo que usted prefiera. No tardo ni diez minutos.

Dejó el auricular en la horquilla, con el entrecejo pronunciado, pero con un brillo especial en la mirada.

—Creo que va a surgir el desenlace —aseveró.

—Explíquese, Tom.

—Quiere verme el doctor Barrow. Por lo visto tiene algo muy importante que hacerme saber... algo que ya sabía cuándo he estado en su despacho, pero dice que no cayó en la cuenta... Me está esperando. Pero prefiere que no vaya a su clínica. Estará en el *snack-bar* que hay cerca de allí, apenas a unos quince metros.

—Vaya inmediatamente, y llévase un par de hombres si lo considera oportuno.

—No hace falta, jefe...

Lo dijo así para no perder tiempo, y salió del despacho con esas zancadas de metro y pico que reservaba para las ocasiones como ésa.

Pero cuando llegó al *snack-bar*, suponiendo que el desenlace empezaba a estar al alcance de su mano, se llevó la más desagradable de las sorpresas.

Al entrar allí echó una mirada circular. No vio al doctor y eso le hizo, ya en principio, presentir una complicación.

Sin embargo, era algo más que una complicación lo que le esperaba.

—Soy el teniente Gravers —dijo al barman—. ¿Sabe si alguien ha preguntado por mí?

—Sí, y esa persona le espera en el reservado, en el último de la derecha.

—Gracias —y se apresuró a ir hacia allí.

Aún no las tenía todas consigo.

Al descorrer la cortina, le vio de bruces sobre la mesita. Un charco de sangre inundaba la superficie.

Ya era tarde para todo.

El doctor Barrow estaba muerto.

Le habían cortado la yugular.

Ya no podía decir absolutamente nada.

Sin embargo, en el suelo había un bolígrafo y un papel. Por lo visto, el doctor estaba escribiendo cuando el asesino entró en el reservado y le quitó la vida. Sí, se traba de su misma letra. Luego habrían de confrontarla rigurosamente.

El papel solo ponía:

«Jabo»

—¿Quién ha entrado últimamente en el local? ¿No ha reparado en nadie en especial? ¿No ha oído ningún grito?

—No, no he oído nada. Tenía la radio puesta —temblaba asustado el barman—. Pero ha debido ser el hombre que me ha pedido una cerveza, la ha pagado y luego ha preguntado por el lavabo... No he vuelto a verle.

En los lavabos, claro, ya no había nadie.

CAPÍTULO V

—¿Qué puede querer significar «Jabo»? —El capitán Motter se rascaba la nuca—. No acierto a saberlo.

—Es sólo media palabra. Falta algo... Y en lo que falta está la solución de este caso, o poco menos —el teniente Tom Gravers lo dijo plenamente convencido.

—Sí, supongo que es así. ¿Se le ocurre algo?

—Poco, por lo que se refiere a esa palabra. Habrá que echar una ojeada al diccionario. Bueno, ahora voy a desayunar, ayer me acosté sin cenar y estoy con un hambre de lobo. Después iré a visitar a Dan Brolley.

—¿Para qué?

—Para hablar de sus cuentas corrientes, al parecer han sufrido un descenso considerable. Me interesaría saber las causas.

—Se negará a darle explicaciones.

—Es lo más probable. Pero con la excusa del dinero, tocaremos otros temas... Necesito saber cómo reacciona. Y necesito saber también cómo reacciona su hermano Gary. Después iré a su club, acabo de recordar a quién se parecía el hombre que en la clínica me quiso sorprender con su navaja.

—Supongo que no iré solo, Tom —dijo el capitán Motter—. Este asunto es feo. Hay que ser precavido.

—Sí, jefe.

—Buena suerte.

Cuando Dan Brolley se enteró de que el teniente estaba en su casa, y de que quería hablar con él, se mostró colérico. Dio unos pasos de aquí para allá, y sus ciento y pico de kilos retemblaron al vaivén de sus movimientos poco mesurados.

Posiblemente hubiera respondido que se fuera al infierno, a no ser que su hermano Gary, que estaba con él en el despacho-biblioteca, se apresurara a decirle:

—Ponle buena cara. Te trae cuenta.

—Le recibiré —masculló, con ojos de búho muy abiertos—, pero de eso a ponerle buena cara...

Instantes después, Tom Gravers estaba ante él diciéndole que deseaba hablarle en privado.

—Puede decir lo que sea delante de mi hermano.

—Como quiera.

Y le preguntó abiertamente por sus cuentas corrientes. Que eran muy inferiores a lo que todos suponían, apenas ascendían a cincuenta mil dólares.

Dan Brolley pestañeó. No se esperaba ser cogido por aquel flanco.

—¿Y a usted quién le manda meter las narices en mis asuntos económicos, teniente? ¡Váyase a la porra!

—Suponía más delicados sus modales —el teniente no se inmutó—. Esta lujosa casa, campo de tenis y piscina, parece exigir un dueño más refinado...

—Yo mis modales los reservo para...

Tom Gravers concluyó la frase a su gusto:

—Para las chicas guapas como Liz, ¿es esto lo que iba a decirme? ¿Verdad que sí?

—¡No! —barbotó.

—Pero era lo que estaba pensando.

—Lo que tendría que hacer, teniente, en lugar de hablar tanto, es encontrar al asesino de Jason, nuestro mayordomo... Encontrar a la persona que a mí me amenazó de muerte. Todo lo demás, son pamplinas... Por lo demás, si pretende sacarme de quicio con ironías, le advierto que va a conseguirlo. Hoy no tengo mi día, teniente.

—¿Le ha sucedido algo malo? Si yo puedo ayudarle...

—La policía nunca ayuda a nada. La policía sólo sirve para molestar. ¡Y si cree que ignoro que dos de sus hombres estuvieron ayer «espiondo» en mi club, se equivoca lindamente! Pero, entérese, en uno u otro sentido mi camino no lo tuerce nadie.

—Mientras no se separe de la ley... —recalcó.

—Bien, ¿y qué más?

—Ya se lo he dicho, venía a preguntarle clara y abiertamente por su dinero...

—¿No le he mandado ya a la porra? ¿Adónde quiere que le vuelva a mandar?

—Dígame al menos lo que le parece la otra chica.

—¿Qué otra? —Se ensombreció su frente.

—La novia de su sobrino Mark.

—No es su novia... —Crispó la mandíbula—. ¿A qué llama usted novia?

—Bueno, su amante —dijo el teniente— o lo que sea. Para el caso viene a ser lo mismo.

—No tengo por qué hablar de ella —se negó rotundamente a seguir la conversación—. Hay temas que no me son gratos. Y si no tiene usted nada más que preguntarme, puede ya irse, teniente. Se sale por donde ha entrado.

Pero en aquel momento intervino Gary Brolley, acercó las ruedas de su sillón al teniente, preguntándole:

—¿Le sucede algo malo a esa muchacha?

—Supongo que no.

—Por un momento me había parecido...

—¿Qué?

—No sé —vaciló—, pero no quisiera que le pasara nada desagradable. Si mi hijo Mark la quiere, le deseo lo mejor del mundo.

—¡No se casará con ella —exclamó Dan Brolley—, porque si lo hace le desheredaré!

—¿De tus ochocientos mil dólares —ironizó Gary— o de tus apenas cincuenta mil?

—¡A mí nadie me pide explicaciones! ¿Te enteras, Gary? ¡Y tú menos que nadie!

—Quedo enterado.

—Bien —resumió el teniente—, ya veo que no desea facilitar mi trabajo... ¡Qué le vamos a hacer! Me retiro. Buenos días.

Se fue sin más.

Y llegó al *night-club* poco después.

Decididamente empujó la ancha puerta de cristal y entró, viendo todas las sillas patas arriba, puestas sobre las mesas para no estorbar la limpieza del suelo.

Había dos mujeres dadas a esa tarea.

La pista estaba desierta.

Tom Gravers fue directamente hacia los cortinajes de raso situados en el fondo del local.

Pero en esta ocasión no entró en ningún camerino, sino que empezó a subir la escalera que conducía al piso.

—¡Oiga! —le dijo una voz desde abajo—. ¿Qué quiere usted? ¿A quién busca?

No contestó y siguió subiendo.

Ya dejaba atrás los últimos peldaños, cuando el gigante se le puso por delante. Pero Tom Gravers había visto ya, a través de una puerta entreabierta, cómo Mark Brolley estaba allí.

—¿Qué quiere ahora? —le preguntó el guardaespaldas, no precisamente de muy buenos modos.

—Venía a hacerles una visita de cumplido —hizo una mueca desabrida—. Por cierto, le encuentro a usted mucho parecido con otra persona...

Se ensombreció el rostro del guardaespaldas.

—Con otra persona —repitió Tom Gravers— que ya no está con vida... No me extrañaría que fuera su hermano. Pero, claro, me lo ya a negar... Y como el muerto, por falta de documentación, de momento no ha podido ser identificado... de todos modos, ya aclararemos eso a su debido tiempo, ahora vengo a hablar con Mark Brolley.

—No está.

—Le he visto...

—Sí, aquí estoy, teniente. —Mark había aparecido en el quicio de la puerta—. ¿Por qué le decías que no? ¡A veces pareces idiota! ¡Idiota de nacimiento!

El guardaespaldas dio la sensación de cohibirse, de achicarse. Si es que resulta posible que un gigante de esa sensación.

—Pase usted.

Entró en la habitación aquélla. Un despacho inmejorablemente amueblado.

El guardaespaldas quedó en la puerta, al parecer esperando órdenes. Por lo visto no sabía hacer nada con el debido disimulo.

Tom Gravers fingió no reparar en su presencia.

—Vengo a preguntarle qué clase de muchacha es, en definitiva, Alice... —Y lo soltó sin necesidad de más, queriendo hacer del

impacto un nuevo factor a su favor.

Mark Brolley dio un violento respingo.

—¿Cómo?

—Supongo que no va a decirme que no la conoce.

—No, claro que no... —tartamudeó.

—¿Y bien?

—No comprendo qué tienen que ver las investigaciones que usted pueda estar haciendo, con esa muchacha... La muerte del mayordomo es una cosa y mi amor por esa chica es otra distinta.

—Eso he de ser yo quien lo diga, o por lo menos quien así lo crea, ¿no le parece?

—No me gusta que se metan en mi vida privada.

—Pero su tío Dan Brolley sí se mete... O me han informado muy mal.

—Sí, mi tío se empeña en complicarme la vida. ¡Pero ya veremos quién termina cediendo!

—Yo debo sacar mis propias conclusiones respecto a ella —dijo el teniente—, así que voy a ir a verla. Sé su dirección. Ya me han informado al respecto.

Mark se puso lívido.

Tom Gravers hizo como si tal pormenor le pasara por alto. Sacó su pitillera y encendió un cigarrillo, así le facilitaba el disimulo.

Le facilitaba, asimismo, el hacer un traspié...

Mark no lo comprendió de este modo y aprovechó la situación. O creyó aprovecharla. Viendo que el teniente bajaba la mirada hacia la llama de su encendedor, hizo una seña rápida a su guardaespaldas.

Una seña que debió entender inmediatamente, pues cuando Tom Gravers alzó de nuevo la mirada, el gigante ya no estaba en el quicio de la puerta. Había desaparecido. Pero lo que Mark no sabía era que, antes de dirigirse a la sala de fiestas, el teniente había dicho a varios de sus hombres que fueran a la casa de campo, y que no permitieran que nadie entrara o saliera de allí. Si alguien no acataba tales órdenes, tenían permiso para hacer fuego.

No esperaba un recibimiento muy cordial.

Daba por seguro que le estarían esperando, y con claras y definidas intenciones: quitarle de en medio.

No podía saber, con exactitud, quién se escondía tras todo

aquello, pero posiblemente lo averiguaría si conseguía detener a alguien con las manos en la masa.

Aceleró la marcha del «Mercury». Ya veía, no muy lejos, la bonita casa de campo.

Se detuvo a una distancia prudencial. Donde precisamente estaban sus hombres, escondidos tras unos matorrales.

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada, teniente. Nadie ha querido salir, ni entrar... Calma absoluta.

—Bien, sigan en sus puestos. Como si no estuvieran. No voy a ir hacia la puerta de entrada.

Así lo hizo, pero consciente de que el enemigo se hallaba agazapado en algún sitio. Donde menos, quizá, pudiera esperarlo.

Su intuición no podía fallarle...

Fue avanzando decididamente hacia la casa, a medio camino se hallaba el pozo.

Y fue dirigiéndose hacia allí, pues estaba seguro de que, antes de medio minuto, necesitaría un buen parapeto.

Ni medio minuto le concedieron. Silbó una bala.

Tom Gravers se echó al suelo, dando varias vueltas sobre sí mismo, rapidísimamente, y salvándose así de una muerte cierta.

De momento al menos.

Alguien, desde el interior del pajar, volvió a disparar. Varias veces consecutivas.

Pero Tom Gravers había echado a correr en veloz y desenfrenado zigzag y las balas se perdieron sin alcanzarle.

Ya tras el pozo, habiéndose llevado la mano a la funda sobaquera, su posición fue mucho más ventajosa.

De todos modos, quienes fueran que estuvieran en pajar, se hallaban en un lugar sumamente estratégico. Dominaba toda la zona.

Por eso, al ver que sus agentes intentaban salir de los matorrales y avanzar en su ayuda, Tom Gravers elevó la voz, ordenándoles que se estuvieran quietos, que no se movieran, que se limitaran a estar allí cortándoles la retirada.

Luego gritó a los del pajar:

—¡No van a poder salir por atrás, mis hombres cubren la puerta! Y por aquí delante estoy yo... ¡A ver quién es el primero que se

atreve a hacerme frente!

Eran varios los que estaban allí.

Por descontado que sí.

Pero el que primero perdió los nervios y optó por no acobardarse, fue el gigante, el guardaespaldas de Mark Brolley.

Apareció con la pistola en la mano, lanzándose como un relámpago hacia el lugar en que estaba el policía.

Tom Gravers disparó, pero solamente pudo herirle levemente. Pero fue en la mano, por lo que el guardaespaldas soltó el arma tras proferir un grito de dolor y una soez maldición.

Pero siguió su frenética carrera, luego de coger el cuchillo que llevaba al cinto.

Tom Gravers pudo matarle, pero pensó que le convenía más vivo. Podía ser un inestimable testigo.

Por eso se atrevió a esperarle.

Cuando llegó, se lanzó a su vez contra él, sujetándole férreamente por la muñeca armada y deteniendo así su acometida.

Luego, sin darle tiempo siquiera a respirar, le sacudió en el hígado obligándole de dolor a doblarse, a agacharse, a inclinar la cabeza.

Sabía que si reaccionaba sería un rival peligroso, tanto que posiblemente no podría con él. Era un verdadero bestia.

Comprendió, pues, que urgía el tomar medidas rápidas. Por lo que utilizó dos precisos, certeros y contundentes golpes de karate.

Quedó tendido como cualquier cosa, como un paquete mal atado.

Ya era otro quién salía del pajar.

Con éste no tuvo tantas contemplaciones, apuntó con la pistola, apretando el gatillo.

Era tirador de primerísima y lo demostró.

El hombre se llevó las manos al vientre, soltó el arma con un chillido, dio un par de traspiés ridículos, y se derrumbó para no levantarse. Estaba más muerto que su bisabuelo.

Ya salía el otro.

El último.

Ya no quedaban más.

Pero éste tampoco pudo conseguir nada. Más nervioso y excitado que ninguno, intentó, parapetándose donde más factible le

resultó, demostrar que de los tres era él quien tenía mejor puntería.

Puede que fuera así, pero desde luego con el teniente Tom Gravers no tuvo ocasión de demostrar nada. Quedó tendido a medio camino.

Pero el guardaespaldas había vuelto en sí, y disimuladamente se había apoderado nuevamente del cuchillo. Pretendía clavárselo al teniente, por la espalda, al primer descuido.

No obstante, Tom Gravers se dio cuenta de su intención, aunque un poco más tarde de lo que hubiera deseado, ésta es la verdad, porque para evitar la furiosa acometida no le tocó otro remedio que girarse rápido, muy rápido, y disparar.

Murió a los pocos minutos, sin haber querido pronunciar una sola palabra.

El valioso testigo... desaparecía.

—Síganme —ordenó seguidamente el teniente a sus hombres—. Vamos a detener a Mark Brolley.

Pero el capitán Motter se reunía con ellos precisamente en aquellos instantes.

—No va a poder detenerle, Tom —le dijo—. Mark Brolley ha sido asesinado, acaban de comunicármelo.

CAPÍTULO VI

No podía abandonar aquellos terrenos sin antes dialogar con Alice. Resultaba lógico e inevitable hacerlo así.

Pero cuando la conoció, el teniente Tom Gravers quedó verdaderamente sorprendido. Era todo lo contrario de lo que podía haber esperado.

¿Qué esperaba? No lo sabía a ciencia cierta. Lo que sí sabía era que se esperaba algo completamente distinto.

Era bastante fea, y tenía cara de honesta y también de ignorante...

—Está complicada en un sucio asunto —le dijo—. Supongo que habrá deducido algo así por el tiroteo que ha precedido a mi llegada.

—Yo no he hecho nada malo, teniente —murmuró Alice, ya de buenas a primeras con la garganta llena de sollozos.

—Será mejor que me diga lo que sepa.

—¡Qué voy a saber...! ¡De qué voy a saber...!

—Voy a comunicarle algo. Posiblemente la disguste mucho... Mark Brolley ha muerto asesinado.

Se llevó las manos a la boca, ahogando un grito de horror. Pero no hubo en ella íntimo dolor.

Esto corroboró lo que el teniente Tom Gravers se estaba diciendo desde el principio.

Alice y Mark no habían sido novios, ni amantes, ni nada parecido.

—Cierta día —empezó a decir Tom Gravers— le vino a ver Dan Brolley, el tío de Mark, ¿no es eso?

—Sí, sí —asintió Alice.

—¿De qué hablaron?

—Me amenazó... si en breve plazo no rompía mis relaciones con su sobrino. Me dijo que era un disparate que él me amase.

—¿Y Mark la amaba mucho? —Se hizo viva y sagaz la mirada del teniente.

Alice se echó a llorar.

—No, no me amaba —confesó—. Supongo que es mejor que se lo diga todo... Si Mark Brolley ha muerto y si ya todo ha acabado... Sí, será mejor que hable... Yo no quiero verme complicada en nada.

—Pues la manera de conseguirlo es colaborar con la policía, con la ley.

—Supongo que sí.

Hizo una pausa.

No muy larga, pero si lo suficientemente dilatada como para que le diera tiempo de acercarse a la tosca chimenea y poner un par de troncos.

—Hace frío... —comentó. Luego esbozó una sonrisa torpe y añadió—: Mi trabajo consistía en... aceptar en esta casa a Mark Brolley, en tenerle bajo mi techo durante los días que él quisiera. Vivo sola y la gente, claro, pensó enseguida lo que era lógico pensar... Me pagaba muy bien por eso, claro...

—Siga, por favor.

—Mark Brolley se dejaba ver en mi compañía, incluso me abrazaba en presencia de personas ajenas, pero luego, por la noche, desaparecía por la puerta trasera y no volvía a verle hasta que a él le parecía. No sé dónde diablos se metería. Su coche lo dejaba aquí.

—Le escucho atentamente.

—Cuando regresaba, recogía su coche y volvía a Groney City. En fin, que era como si todos esos días los hubiera pasado conmigo. Todos lo creían así, incluso su tío... Por eso vino a verme. Pestañeó al conocerme. Sin duda le pareció mentira que un muchacho como su sobrino se hubiera fijado en mí...

—¿Y usted qué le respondió?

—Lo que Mark Brolley me decía que debía responder, que nos queríamos y que antes o después nos casaríamos.

—Cuénteme el resto.

—No hay nada más que contar. Esto es todo, teniente.

—No lo veo muy claro.

—Yo tampoco. Y menos ahora, después de estas muertes... ¡Ha sido horrible!

—No se preocupe. No se ha perdido gran cosa. Oiga, ¿había

visto antes de ahora a esos sujetos?

—Sí, al más alto... al que ha muerto con el cuchillo en la mano. Le vi en una ocasión. Recuerdo que Mark Brolley le dijo, refiriéndose burlonamente a mí: «Te gusta más Liz, ¿verdad, granuja?». Supongo que Liz debe ser una chica muy bonita.

—Sí, lo es —convino Tom Gravers.

Y recordó su dirección.

«Quizá me convendría ir a su apartamento. Debe saber más de lo que me dijo. Pero que no se entere Wilma... ¡Caramba, si estoy citado con ella! —consultó su reloj de pulsera—. Debe estar esperándome hace más de dos horas».

—Cada día me das más plantones, Tom. Cada día me haces menos caso. ¿Es que ya no me quieres?

—Te quiero más que nunca, Wilma —le aseguró—. Pero el deber debo anteponerlo a todo y...

—Ya lo sé... Ya lo sé... —repitió con tono cansino—. Pero habiéndote enterado de lo que le ha sucedido a Mark, podías haber venido inmediatamente, ¿no te parece?

—Ya era inútil darse prisa. Estaba muerto.

—Asesinado.

—Sí, Wilma.

—Pero ¿quién ha sido? Estoy asustada, Tom. Con franqueza, empiezo a desconfiar de cuántos me rodean.

—¿Qué deduces por ti misma?

—¿Qué quieres que deduzca yo, pobre de mí? Eso vosotros, la policía. Para esto estáis, ¿no?

Mark Brolley había muerto de un disparo en la nuca. Un disparo, a todas luces, hecho a traición.

Solapada y estremecedora traición.

Fue en el *night-club*.

Le encontraron muerto a eso del mediodía, cuando una de las mujeres de la limpieza entró en el despacho para llevar a cabo su tarea.

El despacho tenía dos salidas.

Nadie vio salir persona alguna. Nadie supo dar razón de nada, absolutamente de nada.

—Lo lamento de veras, Wilma; pero voy a tener que dejarte.

—¿Tan pronto? —se desconsoló.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer ahora...?

—Si te lo digo, te va a extrañar.

—Dímelo de todos modos.

—Coger un diccionario.

—¿Un diccionario...?

—Sí —asintió—. Y buscar todas las palabras que empiecen por «Jabo».

—¿Por «Jabo»? —se sorprendió.

—Y leer su significado.

—Pero ¿y eso para qué?

—Para intentar descifrar un crucigrama —y sin transición—:
Adiós, cariño. Se me ha hecho tardísimo.

—Adiós, Tom, acuérdate de que existo.

—Claro que sí, cariño.

CAPÍTULO VII

Hacía ya rato que tenía el diccionario abierto ante sí.

No había sacado ninguna conclusión, aunque presentía cada vez más intensamente que allí, en una de aquellas palabras cuyo comienzo era «Jabo», estaba la solución que buscaba.

Volvió a repasar las palabras. Una a una. Detenidamente. Nada, no sacaba ninguna idea en claro.

—¿Encuentra algo, Tom? —le preguntó el capitán Motter.

—No, nada.

—Creo que le da a esa palabra escrita por el doctor Barrow más importancia de la que tiene. Posiblemente carezca de todo significado... por lo menos referente a nuestro asunto.

—No lo creo así.

—Pues nada, Tom, siga buscando —e ironizando un poco—: Supongo que ha leído y sabe ya lo que significa «jabón», «jaboncillo», «jabonera»...

—Por lo que veo tiene hoy sentido del humor, jefe.

—Creo simplemente que está perdiendo el tiempo. Pero si usted opina lo contrario...

Tom Gravers siguió con el diccionario abierto, releyendo una y otra vez aquellas palabras. Hasta que, al seguir sin aclarar nada, pensó que era mejor que de momento lo dejara estar y que en su defecto fuera a visitar a Gary Brolley.

Debía estar sumido en un intenso dolor. La muerte de su hijo Mark debía haberle afectado de un modo terrible.

Y puede que, precisamente debido a este factor, le encontrara más propenso a decirle algo que quizá no le había dicho con anterioridad.

Dan Brolley no estaba cuando él llegó, de lo que se alegró infinitamente, pues así podría hablar con su hermano con mucha más libertad.

Gary Brolley le recibió en el despacho-biblioteca.

—Ha sido horrible lo que le ha sucedido a Mark —sus ojos se mostraban enrojecidos—. Mi vida ya no tiene sentido.

—Tiene usted otro hijo.

—Sí, sí —asintió—; pero este golpe es demasiado duro para mí, además. ¡Mark era un hijo tan bueno!

—¿Acaso Robert no lo es?

—Sí, sí; claro que sí. Pero Mark era diferente. Siempre sintió una casi veneración hacia mí. Sentimientos así, en un hijo, créame, no son frecuentes.

—Me hago cargo de su dolor, de su desolación. Convengo con usted en que ha sido horrible —y sin transición—: ¿No puede usted decirme algo que nos lleve, o por lo menos nos acerque, a la detención del asesino?

—Estoy clavado en este sillón. ¿Qué quiere que yo pueda saber? Solo... acaso... —Hizo un gesto de vacilación.

—Dígame lo que sea. Por más insignificante que pueda parecerle.

Entonces Gary Brolley le explicó que su hijo Mark, no hacía mucho, le había asegurado que muy pronto iban a terminar sus penalidades. Y al decir penalidades se refería única y exclusivamente a tener que soportar el carácter autoritario, violento y déspota de Dan Brolley.

Estaba metido en unos negocios muy productivos y con un poco de buena suerte pronto podría independizarse. Cuando ese día llegara, no le dejaría a su padre con ese hermano que de forma tan dura y exigente se cobraba los favores que hacía, se lo llevaría con él y le liberaría de lo que a menudo parecía, qué duda cabe, una agobiante esclavitud.

—¿En qué clase de negocios estaba metido? —preguntó el teniente—. Supongo que lo sabe.

—No, no lo sé —respondió Gary Brolley—. No me dio explicaciones al respecto.

—¿Usted no se las pidió?

—Sí —lo reconoció lealmente—; pero Mark prefirió por lo visto que esos negocios fueran cosa exclusivamente suya.

—¿Pensó usted en algo indebido...?

—Mark ha muerto —murmuró, dolorosamente rasgado el tono

de su voz—, y ahora lo único que deseo es que el culpable reciba su castigo... Sí, pensé en algo indebido... de lo contrario, Mark se hubiera sincerado conmigo. Pero no puedo añadir nada más, teniente. Es cuanto sé.

—Le creo. Sé que me ayudaría si pudiera hacerlo —y Tom Gravers estaba plenamente convencido de ello—. Pero quizá sí le sea dado ayudarme si me dice quién cree usted que tenía más acceso al *cassette*... Quién supone usted que pudo, con más facilidad, llegar al *cassette* y grabar aquellas palabras... Si supiéramos a quién pertenecen aquellas carcajadas, tendríamos ya al asesino...

Gary Brolley le dijo que el *cassette* estaba en el cajón central de la mesa de escritorio. Cualquiera de los de la casa pudo llegar hasta allí con suma facilidad.

Desde luego, quien fuera que hizo eso, no debió dejar el *cassette* en el mismo lugar exacto del cajón. Recordaba perfectamente que su hermano Dan, cuando fue a cogerlo para escuchar la canción de Liz, acusó momentáneamente un gesto de sorpresa. Por lo menos ésta fue su apreciación, aunque Dan estaba de espaldas a él.

—Entonces, resumiendo, ¿pudo ser cualquiera...? —inquirió Tom Gravers.

—Sí, evidentemente.

Aún estuvieron hablando un rato más.

Aunque ya no mucho.

Ya se iba el teniente, cuando apareció Dan Brolley acompañado de Robert. Este último con visibles huellas de pesar en el rostro.

Por el contrario, el abotargado rostro de Dan Brolley no acusaba nada, aquél parecía un día de tantos. Ni mejor ni peor.

Però ver al teniente e indignarse todo fue uno.

—¿Otra vez en mi casa, teniente? —Éste fue su saludo—. Estoy harto de verle.

—No tome en cuenta a mi tío —intentó suavizar Robert—. Está nervioso, con todo lo que ha pasado...

—Y como si todo eso fuera poco, me han cerrado el club por siete días —barbotó Dan Brolley—. ¡Lo que faltaba!

—Ha tenido suerte —ironizó el teniente— que no haya sido yo el que haya redactado la orden. Yo se lo hubiera cerrado por siete años.

—¡Es usted insoportable, teniente! —Parecía que toda su grasa fuera a explotar—. ¡Nunca consentiré que Wilma se case con usted!

—No necesitamos su permiso ni su dinero, si es que lo tiene... Permiso y dinero, puede quedárselo, que le hagan buen provecho.

El teniente no vio la necesidad de estar más en aquella casa.

Por lo que respecta a Dan Brolley y a Robert, serían llamados a declarar a comisaría. En cuanto a Gary Brolley, le había dicho ya cuánto sabía. Sí, estaba seguro de que era así. Por lo demás, dadas las circunstancias que últimamente se habían sumado al caso, ya no cabía en modo alguno seguir sospechando de él, ahora menos que nunca. La última víctima había sido su propio hijo.

Poco después, Tom Gravers volvía a estar en su despacho.

—¿Alguna novedad? —se interesó el capitán Motter.

—No —contestó, escueto—, de todos modos, voy a pasar por la pantalla el microfilm...

—¿Otra vez? —El capitán Motter hizo un gesto de perplejidad—. ¿Y qué busca ahora...? ¿No lo tiene ya todo visto y revisto? Suena la voz, amenazando de muerte a Dan Brolley y se oyen ruidosas las carcajadas... Dan Brolley suda a borbotones dando la medida de su miedo... Gary Brolley, por su parte, parece quedarse tan tranquilo. Nada más. Esto es todo.

—Sí, sí —asintió Tom Gravers—. Pero prefiero repetirlo, jefe.

Así lo hizo, percatándose claramente del detalle que Gary Brolley le había hecho notar: que Dan Brolley, al abrir el cajón, acusaba un gesto como de sorpresa.

El microfilm también enfocaba a Dan Brolley por la espalda.

Ya era de noche.

Liz estaba en su apartamento.

Oyó que sonaba el teléfono y fue a descolgarlo. Pero cuando ya lo había cogido, cambió de idea y lo dejó quieto. Que siguiera sonando. Todo lo que quisiera.

Haría ver que se había marchado. Haría ver que no estaba.

Ya se figuraba quién debía ser. ¡Qué le dejara en paz!

Pero lamentó sinceramente haber reaccionado de ese modo, cuando oyó que sonaba el timbre de la puerta.

Por teléfono hubiera sido mucho más sencillo dar una excusa cualquiera. La primera, mejor o peor, que se le hubiera cruzado por la cabeza.

En fin, ya estaba hecho y no le tocaba otro remedio que dar la cara.

No podía dejar de responder.

Tenía la luz encendida y la claridad debía verse a través de la ranura de la puerta. Hubiera sido inútil, pues, hacer ver que se había ido.

Además, conocía de sobras quién llamaba. Y sabía que seguiría pulsando el timbre hasta que el sonido se le metiera en los oídos y le hiriera desesperadamente los tímpanos.

Dio un suspiro de resignación, cerró mejor sobre el pecho la bata larga, floreada, llamativa, y se dispuso a abrir.

Pero al así hacerlo, la Sorpresa que recibió fue de las mejores de su vida.

¡Quién estaba allí, alto, atlético, impresionante, era el teniente Tom Gravers!

¡Qué distinto en todo al hombre que ella creía que iba a ver!

—Es una sorpresa maravillosa —una sonrisa había asomado a los labios femeninos, ahora sin pintura. Lo mismo que su bonito rostro, que acababa de lavarse—. Pase usted, teniente...

Se adentró en el pequeño apartamento. Miraba objetivamente a su alrededor.

—¿Sola? —preguntó Tom Gravers.

—¡Oh, sí!

—Es extraño, ¿no le parece?

—¿Qué esté sola?

—Sí, claro. Una chica tan preciosa como usted...

—Gracias por lo de preciosa. Supongo que por serlo, o por parecérselo, es por lo que usted está aquí... ¿O me equivoco?

—Se equivoca —prefirió sacarla enseguida del equívoco—. Vengo en plan oficial:

—¿No cree que son estas unas horas muy intempestivas para ser «oficiales»? Siéntese, teniente, le ofrezco una copa.

—No, gracias.

Se acercó a él.

Siguió acercándose al hombre, deseosa de ofrecerle su proximidad, su contacto. Quería retenerle a su lado aquella noche.

—Aunque la visita sea oficial —sonrió ella—, creo que podríamos «compaginar» una cosa con la otra... Yo le ofrezco

gustosa toda clase de facilidades, teniente.

—Ya lo veo.

Liz le tendió los brazos al cuello.

—Eres una monada —pero él, de un modo lento, aunque enérgico, se desprendió de aquellos mórbidos y tibios brazos—. Una verdadera monada. Pero con las menores de edad ciertas cosas no están bien... Vete creciendo, pequeña, y cuando seas mayor me telefoneas... ¿De acuerdo? De momento prefiero que hablemos de cuánto te callaste el otro día.

Liz hizo un gesto de mal humor.

No estaba acostumbrada a que ningún hombre la desatendiera, aquél era el primer caso.

Pero su enojo fue momentáneo y volvió a sonreír.

—Procuraré crecer aprisa —dijo—. Estoy convencida de que vale la pena... En cuanto a lo que me callé el otro día, no sé qué pudo ser.

—Haz un poco de memoria.

—De acuerdo, teniente.

Ella se sentó en el diván.

—¿Pues bien...? —carraspeó Tom Gravers.

—¿No se sienta a mi lado?

—Preferible que no... —carraspeó de nuevo.

—Como quiera. Pues bien, ya hago memoria... No, no creo que me olvidara de decirle nada, de veras lamento decepcionarle.

—Bueno, dime al menos a quién estabas esperando ahora... Me ha parecido, a juzgar por tu expresión al abrir la puerta...

—Sí, esperaba a otra persona —reconoció—. Es decir, temía vérmelas con otra persona...

—¿No puedes decirme su nombre?

—¿Por qué no? Dan Brolley. Ha telefoneado no hace mucho... Supongo que era él. Ni me he molestado en averiguarlo.

—¿Pretende algo en especial? —preguntó.

—Lo que usted rechaza, teniente. —Liz sonreía desenvuelta, descarada, pero encantadora en sus pocos años, tan pocos que a ratos casi parecía una niña. Una niña demasiado traviesa—. Exactamente eso, teniente, lo que usted rechaza... ¡Pero a mí, Dan Brolley no me va a convencer tan lindamente! ¡Ni aunque me ofrezca todo el oro del mundo! ¡Y que conste —se rió— que no se

cansa de ofrecérmelo!

—Todo el oro del mundo —dijo el teniente— es mucho dinero... —Y con el acento contenido, disimuladamente intencionado—: ¿Cuánto te ofrece a ti, Liz? Supongo que, puesto a hacer bien las cosas, detallará cifra...

—Sí —repuso la muchacha, con naturalidad—. Me ofrece diez millones de dólares. Ni uno menos.

—Diez millones... —repitió Tom Gravers.

—Puestos a mi nombre. En un país de Centroamérica, donde nadie nos moleste. ¿Qué le parece, teniente?

—Que es un admirador de categoría, de peso.

—Sí, de peso... —Y se rió de nuevo al recordar sus ciento treinta kilos—. Pero yo, ni aun así. Bueno, tendría que verlo todo muy seguro...

CAPÍTULO VIII

Era una verdadera pena que el teniente Tom Gravers se hubiera ido, desatendiendo sus galantes ofrecimientos.

De nuevo estaba sola.

Pero sonó el timbre y... corrió hacia la puerta.

Se lo había pensado mejor. Volvía. No había podido resistir.

Sin embargo, al abrir la puerta dio con la figura de Dan Brolley. Una figura obesa, cargada de grasa, que llenaba obscenamente todo el dintel.

—Buenas noches, Liz.

—¿A qué vienes? —le increpó, sin hacer ademán de dejarle pasar—. Quedamos en que no volverías a molestarme.

—Yo no quedé en eso. Eso fuiste tú.

—¿Y no es suficiente?

—No, por supuesto que no —y con un brillo turbio y deshonesto en sus ojos de búho—: Supongo que voy a poder pasar.

—Si te empeñas... —Y le cedió el paso, aunque de mala gana—, de todos modos, no te hagas ilusiones. Hoy voy a acostarme sola.

—Bueno, pero podemos hablar un poco —cerró la puerta a sus espaldas.

—Si sólo se trata de hablar...

Se adentraron en el *living*. Todo muy pequeño, muy reducido, pero sumamente confortable.

—¿Quieres una copa, Dan?

Le daban tentaciones de abrazar a la chica.

Pero conocía a Liz, arañaba como una gata. Comprendía que era preferible, no precipitarse, hacerlo todo con pasos contados, de este modo todo le saldría mucho mejor.

Liz le sirvió una copa de *whisky*, pero luego cogió la botella y se dispuso a retirarla del alcance de su visitante.

—Déjala aquí, mujer... —pidió Dan.

—No —contestó ella—. Si la dejo beberás demasiado y te pondrás tonto.

—No podría ponerme tonto; es que ya lo estoy. Y por tu culpa.

—En fin, Dan; deja ya de decir tonterías. ¿A qué has venido? Son más de las once y tengo sueño. Cuanto antes te vayas, más te lo agradeceré.

—He venido a traerte buenas noticias.

—¿De veras? —Pero había poco entusiasmo en la muchacha, aquel hombre se le atragantaba.

—¡Y tan de veras! —exclamó Dan—. Pero siéntate a mi lado... No te voy a comer por eso...

Liz pensaba que ella hubiera querido que a su lado se sentara el teniente Tom Gravers.

—Estoy bien así, así te escucho con más atención.

—A tu gusto. Pues sí, vengo a traerte inmejorables noticias —y agregó, con acento triunfal—. Dentro de menos de quince días, habrá en un Banco de México una cuenta corriente a tu nombre, por valor de diez millones de dólares. Es ya un hecho.

Liz le miró sin atención.

Por cómo acababa de hablar, todo aquello iba muy en serio. Tan en serio que, sin poder evitarlo, se estremeció de emoción. Diez millones, ¡qué caramba!, eran una irresistible tentación, por más que fuera Dan Brolley quién se los estuviera ofreciendo...

—No me mientes, ¿verdad?

—Cuando quieras puedes coger un avión para México y por ti misma cerciorarte de lo que acabo de decirte —y añadió—: Yo me reuniré contigo así que me sea posible.

—No tengo nada que objetar. —Liz se rendía ante el persuasivo argumento que Dan Brolley esgrimía—. Por descontado que no, ya no... Enfocado así el asunto, me ofrece todas las garantías requeridas.

—Acércate, Liz —le tendió las manos.

Ella puso las suyas entre las sudorosas de él.

—Pero algo no termino de entender, Dan. ¿Por qué te fías de mí...? Yo podría, puestas así las cosas, hacerte una fea jugada. Ya con el dinero a mi nombre...

—Sé que no lo harás, Liz. Me conoces lo suficiente para saber que, en tal caso, tus días estarían contados. Te buscaría donde fuera

que te encontraras, y te mataría.

—¿Serías capaz, Dan? —Y sentía que resbalaban sus dedos entre las manos de él.

—Sí —afirmó.

Y de sus ojos salió una mirada perversa, siniestra.

Una mirada estremecedora, que Liz nunca había visto en él. Nunca hasta entonces. Lo que le hizo casi arrepentirse de estar cerrando aquel trato.

Pero sólo «casi», pues no podía dejar de hacerlo. Una oportunidad como aquélla no volvería a presentársele en la vida.

—Bueno —intentó sonreír Liz, mientras dejaba que la fuerza de él le llevara hacia su cuerpo obeso, inundado de grasa por todas partes—. Te seré siempre fiel. Supongo que es esto lo que quieres.

—Sí.

—Pues así será.

—De todas maneras —y ya la tenía estrechamente abrazada— no des por descontado que tu condena va a ser eterna... Quizá algún día me canse de ti... Soy un hombre caprichoso... También estuve muy enamorado de Jennie y ya ves, de todo aquello ya no queda nada. No pierdas la esperanza... Pero ahora te necesito como un loco...

—Suéltame, Dan, me estás cortando hasta la respiración.

—Te necesito como un loco —repitió.

—Darás paso a esa locura —puntualizó ella, haciendo un esfuerzo y rechazándole lo que pudo— cuando sepa de cierto que no me has mentido. No antes, Dan.

—Sabes de sobra que no te he mentado... Y esta noche es preciso que me quede, Liz.

—¡No! —protestó.

—Sí, Liz. Después de cuánto he hecho por ti... Un anticipo es lo menos que me merezco.

—El anticipo ya te lo di cuando me contrataste para tu club.

—Aquello era distinto.

—Sí, claro...

Y Liz comprendió que, bien mirada la cuestión, no valía la pena que se molestara en protestar, menos aún que se tomara el trabajo de arañarle.

Le dejó que se quedara.

Pero ni ellos dos, ni Jennie, ni Wilma, ni Robert, ni tampoco Gary Brolley, tenían la menor idea de lo que estaba sucediendo en aquellos momentos en la comisaría de policía.

Aparentemente nada de particular.

El teniente Tom Gravers estaba pasando una vez más por la pantalla el microfilm.

Pero había de tenerse en cuenta que era medianoche. Una hora verdaderamente intempestiva, fuera de lugar, para una tarea que en cualquier otro momento podía haberse llevado a cabo.

Y de este pormenor se desprendía el hecho de que sí estaba sucediendo algo de particular. Mejor dicho, para ser exactos, algo de vital y trascendente importancia.

Y se trataba, ni más ni menos, de que a Tom Gravers la idea le había llegado de repente, como un veloz y luminoso alfilerazo.

¡Ya tenía unido el rompecabezas aquel!

¡Finalmente había dado con todas las piezas sueltas, uniéndolas debidamente!

La palabra que empezó a escribir el doctor Barrow fue «Jabo». Lo que faltaba era «randi». Todo junto, «Jaborandi».

En el Diccionario, dicha palabra estaba definida así:

«Árbol poco elevado, indígena del Brasil. Tienen sus hojas olor y sabor semejantes a los del naranjo, y su infusión es eficaz para promover la transpiración».

—Para la transpiración... Para la transpiración... —había murmurado Tom Gravers una y otra vez.

Y había surgido de pronto la idea reveladora.

Todo lo demás había sido un puro y sencillo deducir con sensatez y lógica.

Pero para asegurarse puso de nuevo el microfilm.

Esta vez, empero, ya no lo pasó hasta el final. Ya no le fue preciso. Ya lo veía todo suficientemente claro.

Desenchufó antes de que sonaran de nuevo las carcajadas del asesino.

CAPÍTULO IX

Cuando Dan Brolley llegó a su casa y entró en su dormitorio, empezaba a clarear el día. Vio a Jennie en la cama, vuelta hacia el otro lado, durmiendo apaciblemente.

Pero Dan Brolley sabía que fingía, que no dormía, que sólo lo hacía ver. Su respiración era demasiado rítmica. Ella nunca respiraba así.

De todos modos, prefirió hacer ver que lo creía. Estaba cansado, con ganas de dormir a pierna suelta.

Sin embargo, de súbito le irritó pensar que Jennie pudiera creerse muy lista, creyéndole a él muy tonto.

—¡No te hagas la dormida! ¡Estás más despierta que yo!

Jennie se incorporó. Se le quedó mirando sin acertar a despegar los labios.

—¡Si me estás mirando acusadoramente, ahórrate la molestia! ¡No voy a negarte nada! ¡Yo hago lo que quiero, lo que me da la gana...! Debieras ya saberlo. Sí, he pasado la noche con Liz.

—No te había preguntado nada —balbuceó Jennie.

—Vale más que lo sepas —y su gesto era durísimo—. Como mujer has dejado de interesarme.

—Lo lamento...

—¡Si lo lamentas —gritó— es porque temes por tu porvenir económico! Tú jamás has estado a gusto a mi lado.

—No creo haberte dado motivos, Dan, para que ahora me hables en estos términos.

—Sí, has sido una esposa muy complaciente —convino—. Has sabido hacer muy bien el papel que te correspondía... Lo que no me extraña, ya que cuando te conocí no eras más que una ramera...

—¡Dan! —Se sofocó.

—Por lo demás, si supones que he dado por sentada tu fidelidad, estás en un error... En el fondo siempre he desconfiado de ti... Pero

ahora sé ya de fijo que me has traicionado más de una vez... Y hasta te diría con quien, si me apuraras...

—Por favor, Dan...

—¡Con nuestro mayordomo! —gritó—. ¡Y no me lo niegues, porque si lo haces de la bofetada que te doy te rompo la cara!

Se la iba a romper de todas maneras.

Pero providencialmente para Jennie, en aquel preciso instante sonó el teléfono que estaba colocado sobre la mesita de noche.

Dan Brolley hizo un gesto de extrañeza, que puso en su frente una arruga horizontal, profunda.

—¿Quién? —había descolgado ya el auricular.

Dio una violenta sacudida al oír la voz que sonaba al otro lado del hilo.

—Soy el teniente Tom Gravers.

—¿Qué quiere...? —inquirió. Y sin esperar respuesta—: ¿Acaso no sabe la hora que es? ¡Aún no ha amanecido! ¿Desde cuándo se distrae molestando a la gente que...?

Pero la voz del teniente le interrumpió.

—Como sé que aún no se ha acostado...

—¿Lo sabe?

—Toda la noche la llevo haciendo guardia ante su casa. Estaba esperando que regresara, ahora le llamo desde la cabina que hay aquí enfrente.

—¿Cómo...? ¿Qué dice...?

—Me ha entendido perfectamente. Oiga, es preciso que le hable con toda urgencia...

—¡Ahora voy a dormir! ¡Y hasta que despierte no quiero saber nada de nadie! ¡Y menos de usted!

—Es que quiero hablarle de algo muy importante —insistió. Y antes de que Dan Brolley pudiera cortarle la comunicación—: Ya sé quién le amenazó a través de la grabación del *cassette*... Ya sé quién es el asesino de su mayordomo, de Mark... Supongo que le interesa saberlo, ¿no?

—¡No le creo tan listo!

—Recíbame en su casa y le demostraré cumplidamente que no fanfarroneo.

Dan Brolley pareció pensárselo un poco, aunque sólo un poco. En realidad, después de lo que acababa de decirle el teniente, no

podía desatenderle.

—De acuerdo. Espéreme... Iré a abrirle la puerta del jardín.

Dicho esto, volvió a colocarse la americana. Escañó mejor el nudo de su corbata. Se pasó los dedos por el cabello.

—¿Quién era? —se atrevió a preguntarle Jennie.

—Tú no has oído nada —advirtió él, con el tono amenazador—. Tú no sabes que nadie haya llamado. ¿Comprendes?

—Sí, Dan —acató.

—Ahora me voy... No creo que tarde en volver... Pero si tardara más de la cuenta, recuérdalo, tú no has oído ni sabes absolutamente nada. ¿Comprendido? —Remachó.

—Sí, Dan.

Salió de la habitación.

Bajó a la planta baja.

Sin apenas hacer ruido, pues no quería que nadie en la casa despertara.

Que siguieran durmiendo.

Cruzaron en silencio el largo sendero de grava que llevaba desde la puerta de hierro hasta la entrada de la casa.

Igualmente en silencio cruzaron el amplio y elegantísimo vestíbulo.

Luego se metieron en el despacho-biblioteca, cuya puerta Dan Brolley se dio buen cuidado en dejar cerrada tras él.

No encendieron la luz, pues ya resultaba suficiente, al menos para verse, la claridad del nuevo día que entraba por el ventanal.

—Bien, diga lo que sea, teniente Gravers —y antes de que le respondiera—: Creo que estoy perdiendo el tiempo en tomar en serio sus palabras, pero para que no me tache de escéptico...

Se esforzaba por mostrarse sereno. Pero no lo estaba. Verdaderamente, nunca en su vida lo había estado menos.

—Nos hallamos buscando un asesino, ¿no es eso? —Tom Gravers hizo patente su ironía—. Pues ya he dado con él. Vengo dispuesto a decirle su nombre.

—Dígalo.

—No va a gustarle mucho.

—Dígamelo...

—No va a gustarle nada.

—¡Dígamelo de una vez! —Los nervios se le estaban haciendo

cisco.

—Pues ahí va. Su nombre es... Dan Brolley.

—¿Qué dice? ¿Está borracho? —El aludido había hecho un gesto de estupor. Pero fue un gesto fingido, por lo que no resultó nada convincente—. ¿O está bromeando, teniente?

—Yo no suelo bromear nunca. Lo sabría si me conociera mejor. Pero no me conoce y desde luego lo ha demostrado no tomándome en serio lo preciso... Yo nunca dejo un trabajo a medias.

CAPÍTULO X

—Le acusaré de difamación. ¡No tiene usted derecho, ningún derecho, y sin pruebas de ninguna clase...!

—A mi modo —dijo Tom Gravers— tengo esas pruebas. Por ejemplo, una palabra... es decir, media palabra que el doctor Barrow dejó escrita en un papel. Esa palabra decía: «Jabo».

—¿Y qué?

—Que faltaba por poner «randi». No le dieron tiempo a completarla. Le mataron. Le cortaron la yugular.

—Y a mí todo eso, ¿qué?

—Que «Jaborandi» es una planta cuya infusión provoca la transpiración, el sudor...

Dan Brolley no se había puesto pálido, porque se había puesto rojo como la grana. Parecía que fuera a darle algo.

—No le entiendo... —tartamudeó.

—Cuando en el *cassette* oyó la voz que le amenazaba, usted se puso a sudar terriblemente, abrumadoramente, como un pobre desgraciado... Una manera muy sencilla de dárselas de víctima, para que nadie desconfiara de usted... Pero el sudor no se debió a la indignación de oír decir que su esposa le engañaba, ni al miedo que pudiera ocasionarle aquella amenaza de muerte. Se debió, simplemente, al hecho de que usted había tomado unas pastillas de extracto de «Jaborandi»... Usted mismo debió pedírselas al doctor Barrow... Con la excusa de su grasa, o de sus bronquios...

—Tiene usted mucha imaginación.

—En este caso concreto, la justa. Y de todo ello deduzco a continuación muchas cosas... ¿Quiere oír mi explicación de los hechos? Puede que no sea una explicación absolutamente exacta, pero le aseguro que va a acercarse mucho a la realidad.

—Se lo repito, tiene usted mucha imaginación, demasiada... a veces esto es un defecto... —Pero temblaba todo él, y con él su

voluminosa grasa, abría cada vez más sus ojos saltones, que más que nunca parecían ahora los de un búho.

—Pues bien... —empezó a decir Tom Gravers, sin necesidad de que Dan Brolley le autorizara a ello—, se trata de que usted estaba arruinado y buscaba desesperadamente el modo de hacer nuevamente dinero. Debió meterse en algunos feos asuntos, saliendo mal librado. Y su ansia de dinero era mayor que nunca, pues en su vida se había cruzado una mujer, digamos más bien una chiquilla, a la que no podría conquistar a no ser ofreciendo mucho mucho...

Dan Brolley seguía rojo, a punto de estallar.

—Debió ser entonces, más o menos, cuando usted fue a visitar a la que creía novia de su sobrino Mark. Pero usted no es tonto, la vio feúcha, poco refinada, con escasos alcances, y comprendió que aquello solo era una tapadera para encubrir otra cosa... Y se dedicó a saber qué era esa otra cosa. Para ello recurrió principalmente a la ayuda del guardaespaldas de Mark... a quien Mark creía fiel a sus mandatos y al dinero que generosamente le daba. Pero usted se las compuso para que se volviera contra él, para que se lo explicara todo a usted... ¿Modo de conseguirlo? ¿Ofreciéndole aún más dinero que Mark? No... Fue ofreciéndole simplemente algo distinto, lo que ciertamente, él más deseaba... Liz. Una chiquilla que no le hacía el menor caso, ni se lo haría nunca, a no ser que usted le obligara a ello. Y usted le aseguró que la obligaría... Ella, pues, sería el precio que tendría si hasta el final le ayudaba fielmente.

Una pausa.

—El guardaespaldas se encargó, por lo demás, de contratar, a varios hombres más, entre ellos a su hermano... El que quiso dejarme fuera de combate con su navaja y luego otro de sus compañeros le mató, sin duda para que no fuera detenido y hablase más de la cuenta. Bueno, volviendo a Mark... Usted se enteró de lo que encubría. Un tráfico ilegal de drogas, del que era uno de los principales jefes... de ello hubiera cobrado ya diez millones de dólares, que tenía escondidos en aquella casa de campo, en el pajar, supongo... de donde los cogería llegado el momento oportuno.

Una nueva pausa.

—Y como sea —continuó imperturbable el teniente Tom Gravers — que precisamente por aquel entonces debió tener Robert aquella

idea... Me refiero a la idea de grabar en el *cassette*: «Tu esposa te engaña. Eres el hazmerreír de tus amigos...». Usted debió enterarse por Jason, el mayordomo, de lo que Robert pretendía... Eso, y tomarle en el microfilm para luego regocijarse a su costa... Entonces, no cabe duda, se le ocurrió grabar, a partir de aquellas palabras, las otras, dejando como colofón sus carcajadas... Lo hizo bien, hay que reconocerlo, su voz resultaba confusa, incluso en el laboratorio...

Casi no hizo pausa esta vez.

—Cuando se levantó para coger el *cassette* del cajón central de la mesa del escritorio, hizo un gesto de sorpresa... Esta sensación daba al menos viéndole a usted de espaldas, enfocado por atrás... Pero el gesto en sí no se debió a la extrañeza, sino a que aprovechó el estar de espaldas al enfoque de la cámara, usted sabía perfectamente dónde estaba colocada, claro; aprovechó tal circunstancia, repito, para ingerir las pastillas de extracto de «jaborandi». Sabía que así, a los pocos minutos, se pondría a sudar angustiosamente... Y debía tener medido el tiempo que duraba la canción de Liz... El resultado no podía fallar. Parecería usted una pobre víctima cuando el microfilm llegara a manos de la policía. Y llegaría, cómo no, pues sabía usted que había ya un cadáver en su propia casa, el del mayordomo... a quien usted mató para que no dijera a nadie que estaba al corriente en lo relacionado con la broma de Robert; es decir, con lo del *cassette* y lo del microfilm...

Se interrumpió una vez más, sin que Dan dijera nada. Se limitaba a estar cada vez más rojo, más sudoroso. En esta ocasión sin necesidad de tomar extracto de «jaborandi».

CAPÍTULO XI

—Sabía que Robert, así que todo empezara a complicarse, se sinceraría con la policía. No, no podía tener fallo su plan. Ya en poder de la policía el *cassette* y el microfilm, todas las pesquisas se dirigirían hacia los demás componentes de la familia. Cualquiera de ellos... Menos usted. Y usted mientras tanto esperaría el momento idóneo de matar a Mark y de adueñarse de esos millones... Para ofrecérselos a Liz, es fácil de comprender... Si no era ofreciendo a lo grande, usted de ella no iba a conseguir más que desprecio...

Una interrupción más.

Pocas quedaban ya.

—Pero yo me metí en su camino y le di trabajo... En la clínica no pudieron sus secuaces quitarme de en medio... Lo malo fue que se la cargó el doctor Barrow, que por lo visto estaba dispuesto a decirme lo que acababa de recordar... Luego yo dije a Mark que iba a ir a la casa de campo, a entrevistarme con su novia... Mark hizo un gesto a su guardaespaldas y éste salió... Debíó decirle que no me permitiera llegar, pero supongo que con modales más escogidos que los suyos... Los suyos fueron deplorables y tuve ocasión de constatarlo cuando el guardaespaldas fue corriendo a contárselo a usted, y usted le mandó a él y a dos más a recibirme con fuegos artificiales... No lo hicieron mal, por descontado que no, por lo menos en lo que respecta a llegar hasta el pajar... Debieron llegar muy discretamente, muy disimuladamente, pues mis hombres estaban por allí y no se percataron de nada... Pero fallaron lamentablemente al dar por descontado que sus balas me iban a alcanzar... No fue así, me parapeté tras el pozo y no tuvieron nada que hacer... Ya lo vio, no regresó ninguno.

La última pausa.

—Pero aun así, usted se sentía satisfecho... Había mandado matar a Mark, o le había matado personalmente, y pudo ya ir al

pajar y coger el dinero. Sabía dónde estaba... Ya en su poder, poco había de costarle, contando con alguna de sus «escogidas» amistades, sacarlo del país... Pero lo lamento por usted, amigo, me he cruzado yo en su florido sendero... —Y añadió, ya concluyendo—: De todos modos, no se sofoque demasiado. Vengo exclusivamente a proponerle un trato, de eso que haya venido solo. El dinero nos gusta a todos. Si me da el diez por ciento de ese dinero, yo me callo la boca como un muerto...

De súbito, Dan Brolley se lanzó sobre un cajón, lo abrió velozmente y empuñó una pistola.

Lo hizo tan rápido, que el teniente no tuvo tiempo de desenfundar la suya.

—¡Como un muerto vas a cerrar la boca, claro que sí! —exclamó—. ¡Porque dentro de poco estarás muerto de verdad!

—¿Por qué quiere complicarse la vida? —inquirió Tom Gravers—. Le ofrezco una buena salida. Más no puede pedir.

—Sí, puedo pedir quitarte de en medio. ¡No me interesan los tipos tan listos como usted! —Y rezongó—: Nunca creí que nadie fuera capaz de llegar a deducir tanto y tan ajustadamente... Porque cuánto ha dicho es cierto... Pero el placer de saberse inteligente, el placer de oír mi confesión, no va a durarle mucho, porque voy a acabar enseguida con usted, teniente. Parece mentira que haya podido suponer que iba a aceptar sus condiciones.

—Sería lo más cómodo para usted.

—Lo más cómodo será matarle. Luego telefono a alguno de mis hombres, hago desaparecer su cadáver y...

CAPÍTULO XII

—Y ya nos basta con lo oído —intervino el capitán Motter, tras abrir súbitamente la puerta, dejándose ver seguido de varios agentes.

Agentes que, en menos de quince segundos, se esparcieron por la estancia, dejando acorralado a Dan Brolley.

Acorralado y perplejo, pues era aquello lo que menos podía esperarse.

¿Quién les había dejado entrar? ¿Cómo estaban allí?

¡Había caído en una trampa! ¡Todo aquello no había sido más que una celada!

—He sido yo, Dan. —Gary Brolley había aparecido en su sillón de ruedas—. ¡Maldito seas por haber matado a mi hijo!

—¡Arriba las manos! —ordenó el capitán Motter—. Suelte inmediatamente la pistola.

Dan Brolley no la soltó. Estaba furioso, descontrolado, apretó el gatillo, tras apuntar al teniente Tom Gravers, el culpable de que su buena suerte se hubiera eclipsado.

Pero sólo se oyó un chasquido. No salió la bala.

—Después de ponerme de acuerdo con el teniente Gravers —dijo Gary—, he tenido la precaución de quitar las balas a tu pistola.

Dan Brolley se vio irremisiblemente perdido.

Sólo tenía una esperanza y era escapar de aquella habitación. Pero ¿cómo escapar si estaba acorralado?

La única posibilidad estribaba en parapetarse tras el sillón de ruedas de Gary, tras su cuerpo...

Así no dispararían. Luego, quizá pudiera echar a correr.

Lo hizo tal como lo pensó. Luego fue arrastrando la silla hacia la puerta de salida de la casa.

Todo esto, claro, en veloces y brevísimos segundos.

—¡Disparen! —gritaba Gary Brolley—. ¡Que no se escape!

¡Disparen! ¡Mátenle a él aunque me hayan de matar a mí!
¡Disparen...!

No disparó ninguno de los agentes. Ni tampoco el capitán Motter. Ni siquiera el teniente Tom Gravers.

Sabían que la casa estaba cercada. No tenía escapatoria.

Finalmente, Dan Brolley abrió la puerta de salida y pisó el jardín.

Luego intentó cruzar rápidamente el largo sendero de grava.

Le dieron el alto.

No obedeció.

Se oyó un disparo.

Dan Brolley se tambaleó, dio un par de traspiés y finalmente cayó redondo sobre la grava. Había muerto.

Éste fue su final.

CAPÍTULO XIII

Tom Gravers paseaba con Wilma por los jardincillos, saboreando el sol cálido que lucía aquel día.

Estaban haciendo planes para la boda.

Pasó por allí cerca una joven muy bonita y... terriblemente llamativa.

Tom Gravers la miró.

—Adiós... —dijo ella, sonriendo.

—¿Quién es? —preguntó Wilma, un poco celosa.

—Una chica que canta en los *night-clubs*...

—¿Te estás refiriendo a Liz? La historia se parece mucho.

—Sí —asintió el teniente Tom Gravers—, es Liz. Una chica que no está nada mal.

—Salta a la vista, sí, claro que sí... —Y con un mohín de enfado—. Te ha mirado con ojos muy tiernos... Y tú te has dado cuenta, no me digas que no... ¡Oh, Tom!

—Tranquila, Wilma. Para mí no habrá nunca más que mi esposa y mi profesión. Bueno, aclarando, primero mi profesión y luego mi esposa...

Ella iba a protestar.

Seguro que sí...

Para evitarlo la besó.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

